



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

PRESENTACIÓN

El Pacto Educativo convocado por Su Santidad el Papa Francisco, nos invita a todos a revisar la forma y métodos de educación en la sociedad actual. Seguramente habrá muchos expertos hablando desde sus cátedras.

Creemos hoy en día que la figura de la Siempre Virgen María, madre Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, nos ofrece un camino para re-enfocar nuestros sistemas y métodos de educación teniendo en cuenta a la gran Educadora.

¿Porqué María es la Gran Educadora? Evidentemente porque ella educó a la Palabra de Dios en la parte Humana, y aprendió de su Hijo la parte divina. María confronta su humanidad con la divinidad de su Hijo. Y hoy, como Madre también de la humanidad redimida debe dar lección sobre la Fe.

Sin embargo, en el momento actual que vivimos, María debe ser la gran educadora de la Paz. Y aquí es cuando unimos la fe (el Creer) con las obras (la paz en el mundo depende de nuestras obras de paz).

Por eso este estudio se llama FELIZ PORQUE HAS CREÍDO. Ha sido elaborado por la Dra. Verónica Talamé perteneciente a la Fundación Ramón Pané y actualizado para el proceso educativo por el Hermano Ricardo Grzona, frp.

INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista de la fe, en la tradición del NT, María es una figura relevante no tanto en extensión como en intensidad. En la historia de la Iglesia, se ha mirado más unilateralmente su rol de Madre, que su rol de discipulado y seguimiento activo de la Palabra que es lo que esperamos profundizar en esta oportunidad. Con mayor frecuencia, ha sido contemplada desde la perspectiva del culto y la devoción y mucho menos desde su condición de discípula. Su ser “oyente y transmisora activa” de la Palabra quedó un poco relegado.

Sin olvidar el carácter extraordinario de sus “privilegios” -en orden a su condición de madre-, en este caso queremos destacar a la creyente que recibe y transmite la fe. María no sólo es la mujer ejemplo de sumisión, de oculta dedicación y de silencio reverencial (propio de un modelo de mujer en la Iglesia acorde a los intereses patriarcales). Ella es también la mujer que dialoga, que se compromete, que asume en total libertad y hace propio con total responsabilidad el proyecto de vida propuesto



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

por el Padre, desde incluso antes de la Encarnación. Ella escuchó y actuó siempre la voluntad de Dios. María ya era una mujer creyente -en absoluta armonía con el querer de Dios- desde antes de aceptar la propuesta del Ángel. Semejante “Fiat”, no se improvisa.

Sin embargo, María no es modelo de mujer sublime, irrepetible e inalcanzable. Ella es, ante todo, el paradigma de la capacidad del ser humano para abrirse a la Palabra de Dios y aceptar su voluntad. Es modelo de la capacidad que tenemos todos de vivir y transmitir la fe, cuando nos asociamos libre y conscientemente a la obra de la Salvación de Dios.

Tres intenciones

- Que los evangelistas nos lleven -a través de María- a un mayor conocimiento de su Hijo.
- Cuando leemos la vida de María en la Palabra de Dios, es Dios quien habla a la Iglesia y a cada uno de nosotros, a través de Ella. María es una Palabra de Dios, y una palabra fecunda. A Ella mejor que a nadie se le pueden aplicar las palabras de Pablo cuando dice a los Corintios que son una Carta «escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne». Esta carta, «conocida y leída por todos los hombres», es la comunidad misma de Corinto, es decir, la Iglesia en cuanto que ella ha acogido la Palabra de Dios y vive de ella (cfr. 2Cor 3,2-3). María es “Carta de Dios” escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, como la antigua ley, ni en pergamino o papiro, sino en esa tabla de carne que es su corazón de creyente y de madre. Una carta que todos pueden leer y comprender, tanto los sabios como los ignorantes. Quisiéramos leer esta Carta de Dios con un objetivo «edificante»: el de trazar un camino de escucha y de obediencia a la Palabra tras las huellas de la Madre. Quién mejor que María puede decimos a todos nosotros lo que el Pablo decía a los fieles de Corinto: “Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1Cor 11,1).
- Que el adentrarnos en las Escrituras desde María, nos anime a adornarnos de algunas de sus virtudes para reproducirlas en nuestra propia vida. “La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos” (LG 65). “Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios (cf. Lc 1,26-38; 1,45; 11,27-28; Jn 2,5); la obediencia generosa (cf. Lc 1,38); la humildad sencilla (cf. Lc 1,48); la caridad solícita (cf. Lc 1,39-56); la sabiduría reflexiva (cf. Lc 1,29.34; 2,19.33.51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (cf. Lc 2,21.22-40.41), agradecida por los bienes recibidos (Lc 1,46-49), que ofrecen en el templo (Lc 2,22-24), que ora en la comunidad apostólica (cf. Hch 1,12-14); la fortaleza en el destierro (cf. Mt 2,13-23), en el dolor (cf. Lc 2,34-35.49; Jn 19,25); la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor (cf. Lc 1,48; 2,24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

la ignominia de la cruz (cf. Lc 2,1-7; Jn 19,25-27); la delicadeza provisoria (cf. Jn 2,1-11); la pureza virginal (cf. Mt 1,18-25; Lc 1,26-38); el fuerte y casto amor esponsal” (MC 57).

- Visión panorámica de cada evangelista

Un poco más de 35 años después de la Pascua de Jesús aparece la primera síntesis de la actividad y de la enseñanza del Señor. Una comunidad de creyentes, que vive su fe en medio del mundo, siente la necesidad de poner por escrito su experiencia, de organizarla estructuradamente y de ofrecerla a muchos otros como “buena noticia”, como “noticia de Vida”. Nace el Evangelio de Jesús como estilo y género literario.

Cuando buscamos lo que dice el NT acerca de María llama la atención que, de los 27 escritos del NT, sólo 4 la nombran por su nombre (María): Mateo, Marcos, Lucas y Hechos. Juan, como veremos, habla de ella sin nombrarla, siempre se refiere a “la madre de Jesús” o a “su madre”. Fuera de estos 5 libros, ninguno de los 22 restantes hablan directamente de María. Pablo sólo alude indirectamente en Gal 4,4-5.

Por tanto, hablar de María en el NT, es hablar de María a través de los evangelistas. No decimos a través de los Evangelios, por la referencia que hace Pablo en los Gálatas (Gal 4,4-5), Lucas en los Hechos (1,14) y por lo que pudiera interpretarse de ella en el Apocalipsis (Ap 12,1-18). Cada uno, como lo hacen de Jesús, tendrá su propia manera de dibujar la figura de María. Recordemos que hay un sólo Evangelio: el de Nuestro Señor Jesucristo; pero -como observaba ya San Ireneo- es un “Evangelio cuadriforme”. El mismo Dios que dispuso que hubiera un solo mensaje de salvación, dispuso también que se nos conservaran cuatro presentaciones del mismo. El Evangelio que llamamos “según **Marcos**” es el más simple, corto y más antiguo (70 aC) de los cuatro evangelistas. Pero una obra básica y fundamental para el futuro, hasta el punto de que los otros “evangelios”, los que vendrán después, se apoyarán en ella para ampliar y comunicar su propia vivencia de fe. Marcos, muy probablemente, recogió las catequesis y predicaciones del mismo Pedro. Comienza presentando a Juan Bautista, e inmediatamente a un Jesús ya adulto que llega a bautizarse en el Jordán, omitiendo hasta el más mínimo detalle de su infancia.

Sobre María, es de una parquedad extrema: se agota en dos brevísimos pasajes de su primera parte. En ninguno se advierte la impronta personal del narrador. Manteniendo una fría objetividad (como de cronista), nos comunica lo que terceras personas -incrédulas e incluso enemigas de Jesús- dicen de María con más hostilidad y descreimiento que benevolencia. Como contrapunto, agrega el testimonio sobre su Madre del mismo Jesús.

Unos años después del Evangelio de Marcos nos encontramos con una comunidad judeocristiana, que vive posiblemente en Antioquia de Siria, conoce el escrito de Marcos y quiere también ofrecer su propia síntesis sobre la persona y la enseñanza de Jesús, pero adaptándolas a una comunidad de tradición judía.

Recordemos que la primera comunidad se estableció en Jerusalén y luego se extendió por la región (Hch 8,2), pero estaba conformada por judíos que aceptaban a Jesús como Señor y Mesías (Hch 2,36). Todos ellos cumplían la Ley de Moisés, guardaban el sábado, seguían participando en el Templo, participaban en el culto sinagoga; pero



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

se reunían el sábado en la noche para celebrar la fracción del pan y cantar a Cristo como Salvador. Por eso, desde el principio fueron considerados como "una secta" dentro del judaísmo (Hch 24,5.15; 28,22), como lo eran los saduceos (Hch 5,17) o los fariseos (Hch 15,5; 26,5).

Cuando la comunidad se abrió a los paganos, sobre todo por la predicación de Pablo y de Bernabé (Hch 13,44-47), aunque ya lo había hecho el mismo Pedro (Hch 10,1-11,18), se iniciaron también algunos enfrentamientos y discusiones sobre el valor de la circuncisión y de algunos requisitos exigidos por la Ley (Hch 15). Fueron apareciendo, entonces, las comunidades cristianas de origen pagano y un nuevo estilo de vivir la fe en Jesús.

Con la revuelta judía, muchos judeocristianos salieron de Jerusalén y se establecieron en Pel-la, otros se quedaron y, ante la destrucción del Templo y de Jerusalén (agosto del año 70), tuvieron que huir al norte, a Siria, y otros llegaron hasta Antioquia de Siria. Allí nos encontramos con la comunidad cristiana de **Mateo**, una comunidad que trata de afirmar su conciencia cristiana en medio de duras crisis, enfrentadas al rechazo judío y al desprecio de varios grupos paganos.

De ahí que, el llamado "Evangelio según Mateo":

- expresa una experiencia cristiana de origen netamente judío, cuyas bases están en la vivencia propia de un pueblo que tiene a la Torah, el culto y la caridad como las realidades más importantes de su fe;
- manifiesta una cultura y unas costumbres judías; por lo que el papel del varón sea más importante y visible que el de la mujer;
- deja entrever el proceso de apertura que se está dando hacia el mundo pagano, mucho más abierto a Jesús que el mismo pueblo judío, aunque actualizado en una situación nueva, propia de finales del siglo I de nuestra era;
- acude continuamente a la Escritura para leerla y actualizarla desde la experiencia de Jesús, descubriendo en actitud contemplativa que la Palabra y la vida del Señor son cumplimiento pleno de lo anunciado en la Ley y en los Profetas.

Así se entiende bien la presencia callada y silenciosa de María en el primer Evangelio. No pronuncia una sola palabra, como es propio de la mujer judía, pero está ahí, cercana, activa, servicial, siempre en función del Evangelio y del plan de salvación que Dios Padre quiere realizar a través de su Hijo. También se entiende por qué José, el varón y el jefe de la familia, es quien recibe el anuncio del ángel a través de sueños, que era la forma propia del AT para ofrecer una misión¹, y actúa el proyecto de Dios como "hombre justo" (Mt 1,19).

En dos momentos aparece María en Mateo: en los relatos de la infancia (Mt 1-2) y en el ministerio apostólico de Jesús (Mt 12,46-50; 13,54-58). El primero, compuesto por relatos propios; el segundo, en dependencia de Marcos, aunque tomándose una tal libertad que terminó transformando su sentido y su enseñanza.

De una María apenas mencionada en Marcos y una María silenciosa en Mateo, llegamos a una María activa y comprometida en **Lucas**, que se ofrece

¹ Cfr. Gn 28,10.17; 31,10-13; 37,5-11; 44,1-36.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

libremente para colaborar en el plan divino de salvación y prorrumpe en alabanza por la obra salvadora de Dios, sintiéndose ella misma discípula y servidora de su Señor. De los 152 versículos del NT que se refieren a María, 90 se los debemos a Lucas². Sus relatos son sustancialmente históricos, pero, al mismo tiempo y principalmente, “catequesis de fe”. En definitiva, de todos, Lucas es el que más nos habla de María:

- en los relatos de la infancia, ella tiene un papel activo
- en el marco de la actividad apostólica de Jesús, aparece en cuatro textos, dos coincidentes con las tradiciones de Marcos y Mateo (Lc 4,16-30 y 8,19-21) y otros dos pertenecientes a la tradición propia de Lucas (3,23 y 11,27-28)
- al comienzo de los Hechos, cuando se inicia la historia de la Iglesia (Hch 1,14)

A Lucas -muy probablemente un griego culto de la 2da o 3era generación, que redacta su obra por los años 80-90 dC- debemos una serie de rasgos de María y un enriquecimiento de detalles de su figura, que provienen de un interés por ella como testigo privilegiado de la vida de Jesús, desde el punto de vista teológico. Desde su Prólogo sabemos que todo su evangelio se funda en un testimonio de testigos oculares (1,1-4), por lo que si Lucas se atreve a hablar de la infancia de Jesús es porque cuenta con el testimonio de María, o de alguien muy cercano. Dos veces en su narración de la infancia evoca los recuerdos de María que «*guardaba y meditaba en su corazón*» (2,19.51). Lucas pone especial cuidado en cualificarla como testigo: María es una persona llena de gracia de Dios, como lo dice el Ángel. Instruida en las Escrituras, como se desprende del lenguaje bíblico y reflexión del Magníficat; y como se explica también por su parentesco levítico, relacionada con Isabel, su prima, descendiente del linaje sacerdotal de Aarón y esposa del sacerdote Zacarías.

Por último, la importancia que la figura de la Madre de Jesús tiene en el Evangelio de **Juan** no surge de la abundancia de referencias marianas, sino de la sugestiva colocación dentro del plan total del Evangelio. Caná y el Calvario constituyen una gran inclusión mariana en el Cuarto evangelio. Encierran toda la vida pública de Jesús. Son como un entrecomillado mariano de la misión de Jesús. Abarcan como con un gran abrazo materno –discretísimo pero revelador de la plena compenetración entre Madre e Hijo– toda la vida pública de Jesús desde su inauguración en Caná hasta su consumación en el Calvario.

La mariología de Juan presenta dos hechos enigmáticos:

- Nunca nombra a María por su nombre (Marcos la nombra 1 vez, Mateo 5 y Lucas 13 veces)
- Entre todos los pasajes del NT referidos a María, Juan conserva dos de los tres diálogos entre Jesús y su Madre: en Caná y en la Cruz (la otra es en Lc 2,48ss). Coinciden en que Jesús –más que reflejar la ternura y el afecto que seguro los unía- parece tomar distancia.

Una nota final muy importante: al entrar en el análisis de los textos sobre María, fundamentalmente, hay que recordar que son cristológicos y no mariológicos. Siempre que se trata de María es a la luz de Cristo. María no tiene una identidad y una vocación propia sino dentro y al servicio de la cristología. Ella lo es todo para Jesús y se transforma y enriquece plenamente por y para Jesús. Tomaremos los

² Uno en los Hechos (Hch 1,14) y 89 en el Evangelio (Lc 1,26-28.39-56; 2,1.52; 8,19-21; 11,27-28).



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

diferentes relatos y nos quedamos con los elementos teológicos que una lectura orante y centrada en el conjunto de la Escritura nos pueden ofrecer sobre María.

María “ícono” de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

La manera de abordar los 23 textos en torno a los que girará nuestra exposición no será uniforme. En algunos casos lo haremos a partir de los títulos marianos, incluso alusivos al AT, en otros destacaremos algunos versículos referidos a María, en otros sólo haremos mención a algún matiz mariano y a otros los estudiaremos más detenidamente. Sin embargo, nuestro objetivo para todos los textos será –sin pretender ser exhaustivos- recorrer la vida de María -prefigurada en el AT y explícitamente presentada en el NT- tratando de descubrir en qué y cómo esta Mujer, Virgen, Esposa, Madre, Discípula, Misionera... es “Ícono” de fe y de amor, por el hecho de encarnar la Palabra.

La presentación de la temática “*María en el Nuevo Testamento*”, la abordaremos a partir de diez bloques que creemos ilustran esta dimensión creyente y de servicio que queremos profundizar en esta oportunidad. Los textos fueron ubicados en cada uno de estos bloques por su afinidad al mismo.

1) Acepta -con alegría y docilidad- los planes de Dios

- **Lc 1,26-38: Anunciación a María**
- **Mt 2,13-15 y 19-23: Huida a Egipto y regreso de Egipto**

Lc 1,26-38: Anunciación a María

Este relato de Lc 1,26-38 presenta la fusión bien lograda de dos géneros literarios: el de anunciación y el de vocación. Se “anuncia” la venida de Jesucristo, Señor y Salvador; pero se llama a María para que entregue su vida toda al servicio de la misión de su Hijo. La vocación de María no se entiende sino en función de la misión de Jesús, centro y plenitud de toda la historia de salvación. Si bien quien entrega la misión y la vocación es un ángel, es Dios mismo quien habla y se expresa a través de Gabriel. Por su intermedio, Dios es el principal actor que “entra (1,28) y sale” (1,38) de la casa, pero sobre todo, es el principal actor de la vida de María, a quien quiere entregar una tarea salvífica.

Al acercarnos a éste riquísimo texto, sólo veremos 8 títulos Marianos (*Hija de Sión, Elegida... “virgen” y Madre, “Llena de gracia”, Morada de Dios, Llena del Espíritu*) sugeridos por la palabra del ángel o por el AT. Sumaremos el único título que María se atribuye a sí misma, y que repite dos veces (1,38.48): el de “*Esclava -o Servidora- del Señor*” (*doule tou kiriou*). Si los primeros caracterizan su elección y misión en el plan salvífico, el de Servidora designa su naturaleza humana obediente.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

• **Elegida... “Virgen” y Madre**

El “ángel fue enviado” a María. Desentrañando estas palabras con que comienza Lc su relato, san Bernardo dice: “María no fue hallada por casualidad, sino elegida desde el principio de los tiempos, preconizada y preparada para Sí por el Altísimo, custodiada por los Ángeles, preseñalada a los Patriarcas, prometida por los profetas”. Inmediatamente, el evangelista señala -dos veces- que María es “virgen” (v.27); pero al mismo tiempo dice que “concebirá y dará a luz un hijo” (v.31), o sea, será madre. Permanece virgen a pesar de concebir un hijo y engendra sin haber conocido varón. He aquí un gran misterio: su virginidad no le impide ser madre, ni su maternidad anula su virginidad. Esta situación única y novedosa remite al designio de Dios que, por una mujer, decidió encarnarse en nuestra historia humana. Virgen y Madre, inéditamente expresa el increíble poder de Dios (“*nada es imposible para Él*”) que hace de María, mujer entre las mujeres, la Madre de su único Hijo.

• **Alégrate ... “Hija de Sión”**

El saludo del ángel a María “¡alégrate!” (*xaire*) tiene dos aspectos novedosos:

- es inusual: no se solía saludar así a la mujer en la cultura hebrea
- es especial: el típico saludo hebreo era “¡*Shalom!*” (Lc 10,5; 24,36)

El papa Benedicto escribe: “*Con este saludo comienza en sentido propio el evangelio, su primera palabra es alegría, la nueva alegría procedente de Dios, que quebranta la vieja e inacabable tristeza del mundo*”.

Este “*alégrate*” nos recuerda la invitación profética presente en Joel 2,21; Sof 3,14-16 y Zac 9,9. En esos textos, los profetas unen la alegría desbordante a la promesa de liberación-salvación que Dios está a punto de realizar en favor de la “hija de Sión”³. En el AT, esta expresión se utiliza generalmente en sentido colectivo y como personificación femenina de carácter figurativo, para indicar una montaña, una región, una ciudad o sus habitantes⁴. El primero en utilizar la expresión “Hija de Sión”, en la segunda mitad del siglo VIII aC, fue Miqueas (Miq 1,13; 4,10.13), primero para referirse a un barrio de Jerusalén y luego para representar a una mujer parturienta (como Jr 4,31), símbolo de dolor y

³ *Sión* designaba la fortaleza de la Jerusalén jebusea, entre el valle del Cedrón y el Tiropeón. Aparece mencionada por primera vez cuando David conquista Jerusalén (2Sam 5,6-10; 1Cro 11,4-9). Allí el rey David construyó su palacio y llama a su ciudad Jerusalén-Sión. También en esa roca él hizo trasladar el Arca de la Alianza (2Sam 6,1-12) hecho que le dio el nombre de “morada del Señor”. Al trasladar el Arca al Templo de Salomón, el nombre “Sión” se extendió a todo el monte del Templo y más tarde a Jerusalén (Is 37,32; 52,1-2; Jer 26,18) y o a Israel (Is 46,13; Sal 149,2). El monte Sión pasó a representar lo más hermoso de Israel, el lugar más querido por los judíos. La figura de la “Hija de Sión” refleja el ideal femenino que ha recuperado plenamente la presencia de Dios. Desde Sión, la “*hermosa sin par, Dios resplandece*” (Sal 50,2). De Sión se dice: “*Todos han nacido en ella*”. Quien la funda es el mismo Altísimo (Sal 87,5). La promesa afirma que el Señor reconstruirá a Sión, y allí aparecerá en su gloria (Sal 102,17).

⁴ Cfr. Is 10,32; Jer 6,2; etc.



Fundación
Ramón Pané

**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

quebranto, que será liberada por el Señor⁵. En la misma época Isaías predicaba cosas parecidas⁶. Un siglo más tarde, Sofonías vuelve a vaticinar la alegría por la liberación. El motivo de esta alegría será la presencia del Señor “*en medio de la Hija de Sión*”, cual poderoso Salvador. Hay que expulsar el temor (Sof 3,14-20). Joel repite la temática de Sofonías. Es necesario regocijarse, porque el Señor hará reverdecer los pastizales del desierto, los árboles producirán fruto, la higuera y la vid darán su fruto. Los hijos de Sión no deben temer, porque Él está en medio de Israel (Joel 2,21-27). También Zacarías invita dos veces a la Hija de Sión a la alegría exultante. La primera, porque el Señor “*viene a morar dentro de ella*” en el templo reconstruido (2,14); la segunda, ante la venida del rey victorioso, humilde y sentado en un asno (9,9).

No es difícil demostrar que Lucas redacta la Anunciación en correspondencia con estos oráculos de la *Hija de Sión*. Por medio de ella se concreta el proyecto liberador de Dios. El paralelismo entre las expresiones “*Alégrate*” (Lc 1,28; Sof 3,14; Jl 2,21; Zac 2,14a.9); “*no temas*” (Lc 1,30; Sof 3,16; Jl 2,21); “*el Señor en tí*” (Lc 1,28; Sof 3,15.17; Jl 2,27; Zac 2,14); “*como Rey*” (Lc 1,32s; Sof 3,15; Zac 9,9); “*como Salvador*” (Lc 1,31; 2,11; Sof 3,17; Zac 9,9) es evidente. Lucas explica la teología de la Anunciación sobre el modelo de las promesas hechas a la Hija de Sión. María es la Hija de Sión por excelencia. Ella encarna las características atribuidas a la Hija de Sión, en representación de Israel. Está invitada a alegrarse con gozo mesiánico porque Dios va a encarnarse, va a hacerse presencia total y definitiva entre los suyos como Salvador. Ella, como Hija de Sión, es la personificación de Israel, pueblo que esperaba en los dolores de su historia el alegre parto de su esperanza y la liberación prometida por el Señor. Pero es también encarnación del nuevo Israel, la Iglesia, que se alegra con la presencia salvadora del Señor en la historia.

El Concilio Vaticano II recupera este título bíblico de María “*Hija de Sión*” y lo expresa de forma innovadora para explicar los libros del Antiguo Testamento que anuncian lentamente la venida del Salvador y de la Madre del Redentor y lo revelan en el Nuevo (LG 55). Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater* también toca el tema de la Hija de Sión (RM 3): “*Su presencia en medio de Israel, tan discreta que pasó casi inobservada a los ojos de sus contemporáneos, resplandecía claramente ante el eterno, el cual había asociado a esta escondida hija de Sión (cfr. So 3,14; Za 2,14) al plan salvífico que abarcaba toda la historia de la humanidad*”.

⁵ Miqueas escribe de Sión como un barrio nuevo de Jerusalén al norte de la ciudad de David donde se encontraban los refugiados del desastre de Samaria. Barrio orientado de cara a la ciudad patria destruida y azotada, y barrio orientado hacia Asiria donde Israel fue deportado y esclavizado. Es decir estamos hablando de una Hija de Sión que representa un resto de Israel probado por el sufrimiento, y no de todo Israel. Luego, esta figura representará una nueva imagen: la de una mujer parturienta, la del parto del nuevo Israel. Será Miqueas quien empezará esta figura bíblica literaria de la “*Hija de Sión*” que da a luz con dolor a un pueblo liberado (4,9-10). Este oráculo de Miqueas describe una liberación realizada en la misma Sión, asediada por los pueblos, probablemente la invasión de Senaquerib del 701 aC. En esta situación de dolor y quebranto, a la Hija de Sión se le anuncia la liberación del Señor, porque triturará a pueblos numerosos y de Belén de Efrata saldrá el que ha de dominar en Israel (5,1).

⁶ Cfr. Is 10, 24-27.32-34; 14,24-27; 29,1-8; 30,27-33; 31,4-9.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

• **Llena de gracia**

El “*llena de gracia*” tiene la función como de nombre nuevo y profético. No sustituye al nombre propio, pero lo determina: significa el encargo de una misión particular.

El sustantivo *xaris* (“gracia”) puede significar dos cosas:

- a) belleza exterior como cualidad que le obtiene a alguien el favor de otro
- b) ser objeto del favor divino. Este es el sentido en el NT: la complacencia de Dios que le otorga su favor. Lo que hace grato al hombre no son sus méritos, sino el hecho de que Dios le conceda su gracia inclinándose benevolente sobre él.

La triple repetición de términos referidos a la gracia (*xaire*: “*alégrate*” y *kejaritomene*⁷ “*llena de gracia*” del v.28 y “*has hallado gracia delante de Dios*” del v.30) resaltan el hecho de que a María le corresponde la sobreabundancia de gracia como algo que realmente la caracteriza y la define. Más adelante reconocerá esta iniciativa divina cuando cante su *Magníficat* (el Señor “*ha hecho maravillas en mí*”).

Ser designada “*llena de gracia*” significa ser “llena de Dios”, ser constantemente agraciada por Él. Con este título, Lucas nos quiere mostrar algo extraordinario: María es una persona especialísima.

La “*llena de gracia*”, no por sus méritos ni por sus propias fuerzas, sino por la gracia de la redención de Cristo y por la fuerza del Espíritu, es la Inmaculada. Ella es “Arquetipo” de la Iglesia redimida que San Pablo describe como “*santa, inmaculada, sin mancha y sin arruga*” (1Tes 5,23).

Es indiscutible que María fue desbordada por la gracia pero todo lo que recibió, a su vez, la entregó. La primera en recibir esa gracia -dada por María- fue la Iglesia, como comunidad de creyentes. Don que a su vez, se convierte en tarea: ahora la Iglesia -llena del Espíritu- como María, está llamada a ser cauce de esa gracia para todos. Como exhorta el mismo Pablo “*en virtud de la gracia que nos ha sido dada... y por la misericordia de Dios... nos ofrezcamos como una víctima viva, santa, agradable a Dios, y éste será nuestro culto espiritual*” (Rom 12,1-3).

• **Morada de Dios**

El Señor -por medio del profeta- había anunciado que vendría a morar en medio de su pueblo (Za 2,14). En María, nueva morada de Dios, se realiza aquella promesa: en su seno fue a morar el Salvador.

Mientras el Templo -en la antigua Alianza- era el lugar de la presencia divina, ahora María es el nuevo lugar, el nuevo “sagrario” de la presencia de Dios. Zacarías tuvo

⁷ La expresión griega “*kejaritomene*” está tomada de un verbo que sólo aparece dos veces en el NT (Lc 1,28 y Ef 1,6). La primera en voz pasiva y se refiere a María; la segunda en voz activa y se refiere a los creyentes en Cristo. La acción de plenitud y de gracia es plena en María, por obra de Dios; en nosotros es incipiente y está llamada a completarse. El verbo subraya la acción de infundir la gracia y el amor divino. La gracia en María es puro don recibido y gratuito, muy diferente a Jesús, que es “*lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1,14), en voz activa, para indicar que Él posee plenamente la gracia y la verdad.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

que entrar en el “*Sancta Sanctorum*” (la parte más íntima y sagrada del Templo) para hablar con Dios (Lc 1,8-9), el ángel del Señor entra en la casa de María para comunicarle su misión. Por eso la misión de María sólo puede ser entendida y vivida desde Dios, desde su Espíritu.

En el Éxodo, la morada de Dios era la Tienda del Encuentro (Ex 33,7-11). Allí, Moisés se encontraba con el Señor y hablaba con Él cara a cara, “*como un amigo con su amigo*”. Si Dios entra en la casa de María para realizar ahí el acto más extraordinario de presencia y de revelación, es porque ahora su Santuario, su morada por excelencia, el lugar donde Él puede ser encontrado, celebrado y amado es María. Ella es la morada santa donde Dios eligió permanecer y ser “*Emanuel*”. En ella se hace efectivo el anuncio profético: “*el Señor está contigo*” (Lc 1,28) o lo que es lo mismo: “*el Señor está en tí*”.

Ella no sólo posee a Jesús como el Hijo que engendra en sus entrañas, sino que es para nosotros el “lugar” donde podemos encontrarlo. Por la encarnación Dios abandona el Templo de Jerusalén para habitar en la humanidad de María de Nazaret, en la Galilea de los gentiles. A partir de entonces, la morada de Dios es universal. El Señor planta su Tienda entre los hombres, en el seno de María (cfr. Jn 1,14). Por su parte, ella acoge con humildad su Palabra y le entrega totalmente su vida.

Así lo afirma el CV II: “*María es el Sagrario del Espíritu Santo*” (LG 53). La teología de Lucas es bien precisa en este punto: ni Jesús, ni María, ni los Apóstoles, ni la Iglesia podrán hacer algo si no son movidos por el Espíritu de Dios, autor fundamental de la historia. El Espíritu es quien engendra a Jesús en María, es quien lo encarna en ella. A Ella queda dejarse llenar por este mismo Espíritu para engendrar, encarnar y vivir a Jesús dentro de sí. Lo mismo tendrán que hacer los discípulos de Jesús para volverse testigos de su vida y, con más razón, de su resurrección.

Así lo prometía Jesús antes de elevarse al cielo: “*recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*” (Hch 1,8).

- **Llena del Espíritu**

Ante la sorpresa y cuestionamiento de María: “*cómo es posible...*”, la respuesta del ángel: “*el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá (verbo episkiazo) con su sombra*” (Lc 1,35) deja claro que del Espíritu dependerá todo. La plenitud del Espíritu -concedido gratuitamente- será en orden a su vocación: principalmente a su maternidad, pero no menos a su disponibilidad al servicio, a su discipulado y a su fe.

La imagen nos remite a aquella presencia misteriosa del Señor que en el AT estaba simbolizada por la nube. Evoca el momento en que la nube bajaba sobre la tienda de reunión: “*Entonces la nube cubrió la Carpa del Encuentro y la gloria del Señor llenó la Morada. Moisés no podía entrar en la Carpa del Encuentro, porque la nube se había instalado sobre ella y la gloria del Señor llenaba la Morada*” (cfr. Ex 40,34-35). Evidentemente, la nube simbolizaba una doble presencia de Dios: “dinámica” porque Dios bajaba y consagraba la Tienda; pero también “estática”, porque la



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

gloria del Señor quedaba habitando Tienda, y era tal su inhabitación que Moisés ya no podía entrar.

Lucas aplica a María la teología de la nube. También ella fue cubierta por el poder de Dios y quedó -como la Tienda- llena de Su gloria. Todo su ser es un nuevo Santuario. Esto es lo que sucedió en María: quedó tan llena del Espíritu, que toda Ella fue consagrada y habitada por el mismo Dios.

• **Servidora del Señor**

Las palabras que Lucas pone en boca de María, después de la síntesis cristológica de Lc 1,32-35 (la misión de Jesús), manifiestan la valoración y el amor que el evangelista y su comunidad tenían por María. Porque si esos versos cristológicos son una proclamación post-pascual de la fe cristiana, María surge aquí como la primera creyente que escucha, acepta y queda disponible al *"Hijo del Altísimo que reinará sobre la casa de Jacob para siempre"*.

Su *"He aquí la esclava del Señor"* (1,38a) es justamente la donación total de su persona a la obra mesiánica anunciada por Gabriel. En ella va comprometida, no sólo la palabra de María sino su ser entero, que se hace respuesta concreta a la iniciativa de Dios. A la llamada divina que la invita a ser Madre-Virgen, María responde: *"Heme aquí"*, y cree. Esta fe de María tiene por lo menos tres características:

- Es un acto de ofrenda: *"Heme aquí"*. Ofrenda de su ser a Dios, disponibilidad total al plan de Dios.
- Es un acto de obediencia: *"Yo soy la Servidora del Señor"*. Entra en el plan de Dios; acepta su vocación no como un honor o un privilegio, sino como un servicio que presta a Dios. María se pone a disposición de Dios, de una manera libre y responsable, como los ojos de la esclava están fijos en las manos de su señora (Sal 123,2), y se pone al servicio del que tomará la forma de esclavo (Fil 2,7). Con estas palabras, la desobediencia de Eva se cambia en la obediencia de María; por Eva entró el pecado, por María entra la gracia. María abraza plenamente su vocación. La nueva obediencia a Dios, superando la desobediencia de Eva, la abre a María completamente al plan salvífico de Dios, su vida se hace totalmente dedicada a Jesús, junto con José, que también recibió su llamado y vocación, van a cuidar ese nuevo ser que crece en el vientre de María, lo van a criar, educar en la fe, estar unidos a él para siempre. Como hermosamente lo sintetiza san Ireneo: "María, obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano".
- Es un acto de confianza: *"Hágase en mí según tu Palabra"*. Después de su temor inicial, cuando el ángel le revela que será la Morada de Dios y que Isabel, en su maternidad es un signo del poder de Dios, María acoge totalmente las palabras del anuncio y se entrega en manos del Señor. Ella quiere "hacer" en su vida la palabra y la voluntad de Dios, como todo buen discípulo. En las demás apariciones bíblicas, el Ángel habla en nombre de Dios, comunica su mensaje y desaparece. Sólo en el caso de María, Gabriel espera la respuesta. Lucas destaca el papel activo de María. La encarnación queda condicionada a



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

su decisión “hágase” "*Fiat*". “Creer” no significa sólo admitir una o más doctrinas, acatar una o más verdades por la autoridad del Dios que se revela sino y, sobre todo, pronunciar y vivir un “sí” que compromete a todo el hombre, tanto a su inteligencia como a su capacidad de amar.

María acepta la revelación de Dios y su plan sobre ella, y con un corazón íntegro y limpio responde de la manera más sublime y más cristiana que nadie podrá superar: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra*». Lucas nos muestra una persona viva, que escucha con atención la Palabra que le fue dicha de parte de Dios y responde con pleno compromiso, sin echarse atrás, ni siquiera en el peor momento de su vida que seguro fue a los pies de la Cruz, viendo morir a su Hijo. María escucha, discierne y pone en práctica la Palabra. Ella acepta y asume el plan de Dios en su vida, renunciando al propio.

En primera persona, María pronuncia lo que todo el pueblo de Israel exclamó cuando ratificaban la alianza del Señor ante Moisés: “*El pueblo respondió unánimemente: «Estamos decididos a poner en práctica todo lo que ha dicho el Señor». Y Moisés comunicó al Señor la respuesta del pueblo*” (Ex 19,8)

María aparece aquí como la primera que en el nuevo orden instaurado por Cristo, cree auténticamente. Lucas compara la aceptación de María con el rechazo de Zacarías. Las narraciones de la infancia están enhebradas en el paralelismo entre Zacarías-Juan Bautista y María-Jesús; para dejar clara la superioridad del segundo binomio. Comparemos la Anunciación de María con la de Zacarías (cfr. Lc 1,5-25), desde tres aspectos: lugar, persona y contenido.

- El lugar: la visión de Zacarías está rodeada de circunstancias solemnes: en Judea, región elegida por Dios; en el templo, espacio donde Yahvé habita; en el Sancta Sanctorum, único sagrario de la presencia de Yahvé. Sólo el sacerdote de turno podía entrar en ese santuario para la oblación del incienso. El pueblo, recogido en oración, acompaña el gesto sacerdotal. El marco del anuncio a María es totalmente distinto: en la Galilea de los gentiles profanada por la idolatría; en un pueblo desconocido, en el seno de una familia sin nombre. Ni el perfume del incienso ni el murmullo del pueblo orante armonizan la soledad de María.
- La persona: Zacarías es un hombre de la clase culta de la tribu distinguida de Leví. Pertenece al grupo privilegiado de los sabios que escrutan la historia de Israel y los designios salvíficos de Dios. Su condición sacerdotal le sitúa en un puesto relevante. María es una joven. Es posible que su formación se redujera a la enseñanza familiar y a la de la Sinagoga. Pero su audacia en el "sí", no solo no se improvisa, sino que -sobre todo- revela un conocimiento existencial de Dios.
- El contenido: lo que se anuncia a Zacarías, si bien es sorprendente (la esterilidad de dos ancianos superada por la intervención de Dios), ya había sucedido en otras ocasiones en el AT. El anuncio hecho a María es único y distinto. Su maternidad virginal no tiene antecedentes en el AT.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Zacarías fue escéptico, tenía una fe cansada, y pidió un signo (1,18); María, en cambio, es la primera creyente que entra en el plan de Dios mediante la entrega total de su persona, la obediencia alegre y la confianza apacible a su Palabra.

Por un acto de fe, María se convierte en la primera creyente y en la Madre de los creyentes de la Nueva economía de salvación. Del mismo modo que Abraham, el que creyó contra toda esperanza (Rm 4,18-21), llegó a ser Padre de los creyentes. Como la historia del pueblo de Dios comenzó con el acto de fe de Abraham, que partió hacia lo desconocido, ahora con una mujer estéril, simplemente porque Dios lo llamó y le prometió una posteridad bendita, se inaugura la historia del nuevo Pueblo de Dios. Es el mismo Lucas quien, al citar las palabras de Gn 18,14: "*¿Acaso hay algo (rhema)⁸ imposible para Dios?*", se refiere explícitamente a la fe de María y a la de Abraham. Como Abraham, María salió de sus planes, de sus comodidades, y siguió el camino de Dios, sirviendo a la Palabra con su propia vida. Creer así es la actitud propia de un discípulo en la escuela de la *Palabra-Acontecimiento*. María es, pues, la primera discípula cristiana. Tema que Lucas ampliará en los capítulos 8 y 11.

He aquí el servicio por excelencia que María presta a Dios en la historia: acoger y escuchar su Palabra, hacerla carne en su vida y ofrecerla al mundo como salvación. Ella es *tipo* de todo creyente y de la Iglesia toda, que han de aceptar la Palabra y encarnarla en su vida para luego darla al mundo como testimonio.

La fe del creyente debería comenzar con un encuentro personal con Dios, con una *Anunciación* en la que Dios se hace presente al hombre y lo elige para darle una misión, que primero espera una respuesta de total disponibilidad "*he aquí...*" y luego otra de *Magnificat* o reconocimiento de las maravillas obradas por Él.

Mt 2,13-15 y 19-23: huida a Egipto y regreso de Egipto

Estructura: el relato completo (2,13-23) consta de tres escenas que muestran una cierta simetría: 2,13-15 (fuga); 2,16-18 (matanza); 2,19-23 (retorno). Todas concluyen con una profecía o "cita de cumplimiento" (2,15.18.23)⁹. Este hecho –incluso de que la malvada acción de Herodes concluya con una cita de cumplimiento– indica el significado teológico de cada parte¹⁰.

Cada una de las escenas se inicia con el mandato del ángel a José (2,13.19.20), que cumple fielmente lo que se le ha ordenado: la fuga a Egipto (v.14) y la vuelta en dos etapas, primero a la tierra de Israel (v.20-21) y luego a la Galilea (v.22). Al centro de todo (v.16-18) la maldad de Herodes (que el lector conoce por 2,3-8) ahora llega al

⁸ La palabra griega *rhema* aparece 8 veces en el Evangelio de la Infancia de Lucas (1,37.38.65; 2,15.17.19.29.51) de un total de 12 veces que aparece en el conjunto del Evangelio. El término puede significar indistintamente: "palabra, cosa o acontecimiento". De la lectura de los textos indicados, se constata que todas las *Palabras* de Dios –en María– se hacen *acontecimiento*.

⁹ Las tres citas plantean cada una sus propios problemas. La cita de Os 11,1 (del v.15) habla de la llamada del hijo "*desde Egipto*"; lo cual no encaja en el contexto de la huida "*a Egipto*". La cita de Jer 31,15 (del v.18) tiene la dificultad de la indicación local "en Ramá", lugar que se encuentra al Norte de Jerusalén. La cita del v.23 es totalmente enigmática, no se sabe a qué texto se refiere.

¹⁰ La primera (2,15), a la luz del texto de Oseas: "*de Egipto llamé a mi hijo*" (Os 11,1), quizás sea la más significativa.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

extremo. En la primera y en la última escena -formuladas paralelamente- aparecen «*el niño y su madre*», expresión que el evangelista repite cuatro veces.

Historicidad: estamos frente a una saga o *leyenda*, que si bien conecta con sucesos históricos (la estadía de Jesús en Egipto), no todos los datos del relato lo son: es muy difícil atestiguar la tan torpe y cruel matanza masiva de niños ni es conocida la tradición de que Egipto fuere un lugar de refugio para perseguidos israelitas. Nada de esto testimonia Lucas.

Género Literario: se trataría de un *texto didáctico*, pero no en el sentido de una instrucción sobre determinados temas teológicos, sino en el sentido de un relato básico que sugiere anticipadamente la futura historia de salvación.

Un estribillo importante: Mateo hace de esta expresión “*el niño y la madre*” un estribillo varias veces repetido (2,11.13.14.20.21) con un sentido teológico especial. Desde que María quedó embarazada por la acción poderosa del Espíritu (1,18-20), la unión a su Hijo es permanente: en el nacimiento (2,11), en la persecución, en el destierro y el sufrimiento (2,13.14), como lo será en su reingreso a la patria y en su vida entre los pobres (2,20.21). La unión de María a su Hijo es, pues, íntima, total y permanente. Desde la concepción virginal, María está expresamente unida a Jesús y es inseparable de Él. Por eso los escritores eclesiásticos profundizan en esta realidad diciendo que no podemos entender a Jesús sin María y a María sin Jesús.

Explicación 1° episodio: la huida

Mateo refiere la fuga a Egipto a una orden explícita de Dios que, mediante su ángel, manda a José poner a salvo al niño y a su madre (v.13) ante las intenciones homicidas de Herodes, preocupado por el poder del «rey de los Judíos». La fuga es el medio ofrecido a los débiles para escapar del poder destructor. El texto pone de relieve la debilidad y la dependencia del niño, al mismo tiempo que demuestra la protección de Dios. Sobre el destino de Jesús está el plan de Dios y la mano de Dios. Es sólo la providencia de Dios la que salva al niño y no alguna prudente ocurrencia de sus padres.

El centro lo ocupan el niño y su madre; José no aparece nunca como padre. Él es el obediente (v.14.21). Dios es el Padre, que incluso habla de “su Hijo” (v.14). La palabra “Egipto”, para Mateo, es muy decisiva: más que remitir a un país lejano, subraya la idea de que la salvación acontece de nuevo. El lector familiarizado con la Biblia siente que la acción de Dios “en su Hijo” conecta con experiencias básicas de Israel y las realiza de nuevo. Si bien José y María están destinados a proteger al niño; toda la familia experimenta el peligro causado por Herodes, la incomodidad de la fuga y el sufrimiento de vivir obligatoriamente en una tierra extranjera.

Explicación 2° episodio: la matanza

El breve episodio de la matanza de niños produce un contraste de gran eficacia: muestra la magnitud del peligro que ha evitado el niño. El hecho de que la acción de Herodes se extienda a toda la región de Belén y alcance a todos los niños menores de dos años muestra la maldad del tirano. Mateo modifica deliberadamente la introducción a la cita de cumplimiento: la matanza de niños no acontece para que se cumpla la Escritura. El texto no habla de una responsabilidad directa de Dios en la muerte de los niños. La cita tomada de Jer 31,15 presenta al lector, una vez más, la idea del plan de Dios: también este suceso atroz fue vaticinado por los profetas. Ello



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

proyecta una nueva luz sobre la matanza de los niños y sobre Herodes al mismo tiempo: la matanza de los niños no es algo intrascendente cuando la antepasada Raquel llora en Ramá por sus hijos. Herodes no puede ser un verdadero rey de los judíos dando muerte a niños de Israel por causa de Jesús. Aquí se sugiere veladamente que el rechazo de Jesús por el rey judío significa un ataque a Israel mismo. El lamento de la madre ancestral adquiere así en el contexto del evangelio de Mateo una profunda dimensión anticipadora¹¹.

Explicación 3° episodio: el regreso

Después de la muerte de Herodes, José recibe el encargo de tomar «*al niño y su madre*» (2,20.21) y de volver en dos etapas: a la tierra de Israel, y luego a Galilea. El hijo de Abrahán y de David debe crecer en su pueblo y no en una tierra extranjera. Vuelve a aparecer de nuevo en primer plano la idea de la providencia divina y de la obediencia de José. Mateo alude a la época de Israel en Egipto (Ex 4,19), por eso elige deliberadamente la fórmula «*a la tierra de Israel*». El Hijo de David y de Abrahán, vuelve a la tierra del pueblo que será el lugar de su misión.

Con este episodio terminan los relatos de la infancia según Mateo. Aunque sabemos que Ella compartió con Jesús no sólo los momentos gloriosos sino, también, su persecución, exilio y retorno, así como la vida cotidiana en la insignificante villa de Nazaret, el Evangelista no nos dice nada sobre los años que Jesús vivió en Nazaret, junto a su madre.

2) Encabeza un ámbito familiar «ampliado»

- **Mc 3,31-35 - Mt 12,46-50 - Lc 8,19-21: los familiares de Jesús**

Mc 3,31-35

Marcos concibe el mundo como un escenario salvífico donde se desarrolla un drama profundamente humano y divino. El personaje central es Jesús. No está interesado en ofrecernos una biografía o una crónica exacta de lo que hizo el Señor; por el contrario, hace una catequesis para una comunidad y reflexiona teológicamente sobre lo que sucede cuando el Evangelio y la persona de Jesús llegan al corazón humano y se presentan como oferta de vida y de salvación.

Es el drama que orienta y define la vida de cada ser humano ante la presencia salvadora de Dios, pero que también contempla sus diferentes decisiones:

- Las multitudes: lo buscan (1,37), lo siguen de todas partes (3,7-8), lo necesitan. Le llevan los enfermos para ser curados (1,32) y se le echan encima para tocarlo (3,9-10).
- Los adversarios: se sienten cuestionados por la palabra y la actividad del Maestro y no alcanzan a comprender su personalidad. Lo juzgan interiormente

¹¹ El lector moderno encuentra extraño que a Mateo no se le plantee la cuestión de la teodicea ante el sufrimiento de los niños inocentes. Lo que preocupa al evangelista es la lucha entre Dios y el enemigo de Jesús, Herodes. Mateo no tiene en cuenta que Dios salva a su Hijo a costa de los inocentes. Herodes encontró el castigo merecido con su muerte atroz, como se sabía por Flavio Josefo (Bell, 1, 656-658).

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

(2,6), lo critican y cuestionan (2,16.18.24), se confabulan contra Él (3,2.6), callan cuando deberían hablar (3,4), lo creen un poseído del demonio (2,18; 3,22.30). Son los fariseos, los herodianos, los discípulos de Juan Bautista y los escribas.

- Su familia: preocupada por lo que se dice de Él, por sus acciones milagrosas y hasta por el poco interés que le pone al cuidado de su salud (ni comer puede, con tanto ajeteo), se lo quieren llevar consigo. Piensan que estaba fuera de sí (*exeste*), que estaba mal de la cabeza (3,20-21).
- Sus discípulos: llamados personalmente por Jesús a un seguimiento serio y a una convivencia con Él hasta formar entre todos la nueva familia. Forman el círculo de seguidores e íntimos, están a sus pies escuchando sus enseñanzas y aprendiendo a vivir el Reino (1,16-20; 2,13-15; 3,7.13-19.33-35).

Mientras en Mc 3,20-21-sus parientes lo buscaban a Jesús para llevárselo (decían que “*estaba fuera de sí*”), ahora María, acompañada de algunos familiares cercanos¹², sólo lo buscan para hablar. Jesús estaba predicando.

El hecho de que la madre y los/as hermanos/as permanezcan “*fuera*” y lo hagan llamar no se debe a la afluencia de gente (como en 2,2 o en 3,20), es parte de un escenario ideado por Marcos para ofrecer un mensaje teológico. La indicación escénica que distingue el “*fuera*” (dos veces) del “*dentro*” (sentados a su alrededor: dos veces) es simbólica: Jesús es el centro de una búsqueda interior, de una nueva familia; el acceso a Él, en cierto modo, está mediado. La familia de Jesús “*está de pie*” (verbo *steko*), afuera, buscándolo (verbo *zeteo*). Los discípulos, en cambio, están adentro, sentados a los pies de Jesús, escuchando su Palabra.

La pregunta de Jesús: *¿quiénes son mi madre y mis hermanos?* (3,33) es el centro de la narración. Se percibe un cierto desagrado y hasta dolor: la familia de Nazaret parece no comprender todavía la actividad y la misión de Jesús. Quizás por eso el mismo Maestro responde a su propia pregunta, y con ella clarifica el objetivo de la narración: determinar la verdadera familia de Jesús.

La palabra va acompañada de una mirada dirigida a los que están “*dentro*”, junto a Él, sentados a su alrededor, en oposición a los que están “*fuera*”. Ésta es ahora su verdadera familia y, tanto María la Madre, como los hermanos de Jesús, están invitados a ingresar en este nuevo círculo, a sentarse a los pies del Maestro y a comenzar una nueva experiencia que los haga parte de ésta, su nueva familia. “*Quien cumpla (otra vez poieo) la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*”. Los oyentes activos, los que actúen el querer del Padre constituyen ahora su familia.

Para ser familiar y cercano de Jesús es preciso hacer la voluntad de Dios; y éste “*hacer*” implica toda la vida, porque implica el esfuerzo de escuchar, de asumir y de vivir la Palabra que viene de Jesús. Es un esfuerzo de coherencia y de vida que el Señor quiere premiar: el que hace el querer del Padre, pasa a ser su hermano, su hermana y su madre, es decir, su nueva familia.

¹² Eso significaba -en el ambiente semítico judío- la expresión “*los hermanos de Jesús*”.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

¿Hay un rechazo de Marcos a María? De ninguna manera. Hay que asumirlos y situarlos en el contexto del proceso del mismo Evangelio. Este texto de Mc 3,31-35 no excluye la familia física de Jesús; por el contrario, ella está invitada a "entrar" y pertenecer a esta nueva familia de los que "hacen la voluntad de Dios".

Marcos plantea el proceso que toda persona ha de asumir para conocer y seguir a Jesús: el camino de la fe y del discipulado. Y nadie que quiera ser discípulo de Jesús puede eximirse de él, ni siquiera su Madre. Todos los oyentes, comenzando por la propia familia de Nazaret, están llamados a sentarse como discípulos de la escuela de Jesús y hacer de la propuesta de Dios, su propia opción de vida.

Pero notemos otro detalle. Al ser un texto pospascual, la comunidad que lo lee, asumiendo una lectura actual de la Palabra, está llamada a descubrir un nuevo "ethos" en el seguimiento de Jesús: el radicalismo itinerante de los primeros cristianos (dejarlo todo para ir tras Él por el camino), ahora parece ser una ética comunitaria más general y hasta quizás más sedentaria, que asume como criterio de cercanía de Jesús y de pertenencia a su familia espiritual, el "*hacer la voluntad de Dios*". Cuando Jesús insiste en que su verdadera familia es la que cumple la voluntad de Dios no está rechazando a María; está afirmando que su verdadera familia, es decir, los que están incluidos dentro del pueblo de Dios son los que escuchan su Palabra y la ponen en práctica.

¡He aquí el contenido de la vida cristiana! Antes que Mc, el primero que lo puso por escrito fue Pablo: "*no tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto*" (Rm 12,2). Tal como más adelante dirá el autor de la Carta a los Hebreos: "*Que el Dios de la paz... los capacite para cumplir su voluntad, practicando toda clase de bien. Que él haga en nosotros lo que es agradable a sus ojos, por Jesucristo...*" (Heb 13,21) y Pedro: "*el que sufre en la carne está libre del pecado, para vivir el resto de su vida mortal, no según los deseos humanos, sino según la voluntad de Dios*" (1Pe 4,1-2). Ésta será la clave hermenéutica para comprender el mensaje de Jesús y el criterio del juicio: "*No son los que me dicen: «Señor, Señor», los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en el cielo*" (Mt 7,21ss).

El texto de Mc 3,31-35 es un testimonio de los verdaderos vínculos que crea la comunión con Jesús: "*quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*". Marcos enseña que también María, la criatura más unida a Jesús, incluso con vínculos de sangre, tuvo que elevarse a un nivel de valores más alto. Después de haber llevado a Jesús en su seno, era preciso que lo engendrara en su corazón creyente. En este caso, el rol de María madre debe armonizarse y complementarse con el de discípula creyente.

Mt 12,46-50

Mateo 12,46-50 hace una presentación mucho más explícita del auténtico discipulado de Jesús. Discípulos de Jesús son los que hacen la voluntad del Padre celestial. Estos forman su familia. Obviamente que María, la madre de Jesús, que ha vivido con fidelidad la voluntad de Dios toda su vida, está entre ellos.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Si bien Mateo toma el texto de la tradición de Marcos, lo transforma y lo ubica en otro contexto que termina dándole otro contenido a la enseñanza. La madre y los hermanos de Jesús ya no lo mandan a llamar sino que preguntan por Él y desean hablarle (el verbo que utiliza para indicar su búsqueda expresa simplemente la intención de hablar o de tener un encuentro con él); los que estaban sentados a su alrededor son ahora "los discípulos"; la mirada se vuelve expresión de las manos extendidas, y Dios es aquí "mi Padre".

Pero el cambio mayor está en el contexto propuesto por Mateo. El primer evangelista suprime la referencia a la incompreensión y a la falta de fe en Jesús, por parte de "los suyos" (Mc 3,21), tal vez porque el relato de la infancia le había dado ya otra figura a la Madre. Por eso, la escena de la verdadera familia de Jesús, en Mateo, es mucho más benigna y se presta menos a ser leída como sustitución o repulsa de la familia física. Mateo reinterpreta el trozo de Marcos y hace de él una presentación paradigmática de los discípulos. Éstos y no los que "están fuera", son "la madre y los hermanos de Jesús"; por lo mismo, la comunidad de discípulos, son ahora "mis hermanos" (28,10; 25,40; 23,8). Por eso, al agregar el gesto de las manos extendidas, Mateo indica que esta comunidad está bajo la protección del mismo Señor. La verdadera familia de Jesús es la comunidad que está bajo su protección.

Ahora bien, ser discípulo de Jesús significa cumplir la voluntad del Padre del cielo, realizar su plan. Para Mateo, el discipulado integra, entonces, la escucha de la Palabra y su acción (cfr. 5,19; 7,24-25), el estar junto a Jesús y bajo su protección (12,49-50). Y María, con su vida, su obediencia y su cercanía junto a su Hijo es perfecta discípula y "familia suya" a un nivel mucho más fuerte y firme que el de los lazos físicos de generación.

Lc 8,19-21

Cuando la familia de Jesús va a buscarlo, Lucas manifiesta una visión teológica propia, claramente positiva. Cambia el texto:

- Si para Marcos-Mateo la Madre y los hermanos de Jesús están fuera, en tanto que el grupo de discípulos está dentro del círculo de Jesús; para Lucas no hay ninguna insistencia en esta posición: la Madre y los hermanos llegan simplemente a encontrarse con Jesús, quieren verlo, pero no alcanzan a llegar hasta Él por el gentío (Lc 8,19).
- Lucas suprime la pregunta de Jesús cuando le anuncian la presencia de su familia (¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?). Suprime, igualmente, el ademán que indica al grupo de discípulos y los muestra como su nueva familia (Dice Marcos: "Mirando en torno... éstos son..."). No hay contraste, por tanto, entre la familia natural y la familia espiritual o escatológica de Jesús.
- Un detalle del contexto. Lucas, en cambio, suprime la referencia a los parientes de Jesús, y propone la parábola del sembrador como pasaje previo a la visita de la familia de Jesús. Por lo que las palabras de Jesús sobre su familia ha de entenderse en el contexto de la explicación de la parábola del sembrador (8,11-15). De acuerdo con esto, Lc 8,21: "*Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*", expresa dos condiciones radicales para participar en la familia de Jesús: escuchar y actuar la Palabra en la vida. Es lo



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

de la parábola del sembrador, cuando explica lo de la semilla caída en tierra buena, dice: “*Son los que, después de haber oído la palabra, la conservan con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia*” (8,15).

- Nadie como María realizó estas condiciones. Ella escuchó atentamente la Palabra del Señor y creyó en ella (1,38.45), la conservó cuidadosamente en su corazón (2,19.52) y la hizo carne en su vida al engendrarla en su seno y darla al mundo (1,38), aún en medio de las dificultades propias de la vida que ponen en crisis la propia fe (2,35.46-50). María es, pues, la tierra buena donde ha caído la semilla de la Palabra y ha producido un fruto centuplicado (8,8). Es la discípula perfecta que se hace para nosotros invitación a escuchar como ella la Palabra de vida y a realizarla en nuestro quehacer diario.

3) Asume la propia historia familiar, incluso oscura y misteriosa

- **Mt 1,1-17: árbol genealógico de Jesús**
- **Mt 1,18-25: concepción virginal y nacimiento de Jesús**

Mt 1,1-17: genealogía de Jesús

Mateo es el único evangelista que comienza su evangelio con la genealogía de Jesús (Mt 1,1-18), de la que forman parte 42 hombres y 5 mujeres.

A diferencia de la genealogía de Lucas¹³, que va desde José hasta Adán, y en ningún momento nombra a María (cfr. Lc 3,23-38), la genealogía de Mateo va desde Abrahán hasta David, a través de 14 generaciones, de David hasta el Exilio con otras 14 y, finalmente, desde el Exilio hasta el Mesías y su Madre, recorriendo otras 14 generaciones. He aquí una idea fundamental de la fe cristiana: la conciencia de que Jesús es una figura humana, histórica. Por eso, como dice Ireneo, Mateo comienza su Evangelio con la genealogía humana de Jesús, desde donde suele interpretarse al hombre como símbolo del evangelista. Todo inicia (1,1) con la presentación de Jesús Mesías como “*hijo de David*”, “*hijo de Abrahán*”:

- Hijo de David constituía un título mesiánico común, que Mateo ha puesto intencionadamente al inicio de la genealogía: Jesús es el cumplimiento de las esperanzas de Israel, es el heredero de las promesas hechas a David y mantenidas vivas en el judaísmo: “*Tu casa y tu reino permanecerán para*

¹³ Lucas también presenta una genealogía de Jesús, pero recién en su tercer Capítulo (Lc 3,23-38). Las afinidades con el relato lucano del nacimiento son mínimas y en muchos puntos, irreconciliables. Proviene de dos tradiciones diferentes, que ninguno intenta armonizar. Ambos evangelistas tienen en común la tendencia a poner los relatos del nacimiento al servicio de la cristología. Según Eusebio (*Hist.Eccl.* 1,7), Mateo ofrece la genealogía “natural” y Lucas la genealogía “legal” (San Agustín sostiene lo mismo). Comparten también ciertos enunciados básicos: la idea del nacimiento de Jesús en Belén y de una madre virgen, la combinación temporal del nacimiento de Jesús con el tiempo de Herodes (Lc 1,5) y la noticia del desposorio de María con José, descendiente de David.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente” (2Sm 7,16). Es decir, fue enviado por Dios a Israel como su Ungido.

- Hijo de Abrahán, en cambio, no es un título mesiánico. Israel se considera el pueblo de los hijos de Abrahán (cf. Mt 3,9), la familia de aquel con el cual Dios había hecho una alianza perenne (Gn 15). Pero Abrahán es también el medio por el que la salvación de Dios alcanzará a los paganos (cfr. Gn 12,3; 18,18). Jesús es un verdadero hijo de Abrahán no sólo porque es israelita, sino también porque en Él se realiza el plan de Dios que contempla la salvación de todos los pueblos (cfr. 8,1-11). La misión de Jesús concierne al género humano: como descendiente de David Jesús es quien lleva a cumplimiento la historia de Israel (1,1-17); el que debía venir (cfr. 3,11) para reconstruir la unidad del pueblo disperso (15,24). Pero en cuanto hijo de Abrahán, es quien cumple la promesa hecha por Dios al patriarca: “*Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra*” (Gn 12,3). Con la muerte y resurrección del Mesías viene abolida la barrera que separa a Israel de «los pueblos». De hecho, en Mt 28,19 los llamados a ser discípulos de Cristo son “*todos los pueblos*”, es decir, las personas de toda raza y de toda lengua (cfr. Mt 24,14). En definitiva, Jesús es “hijo de Abrahán” porque Dios quiere llegar -mediante Él- a todo el mundo pagano. En esta historia de salvación ofrecida a todos los hombres, María está singularmente presente: es la Madre.

Notemos que las cuatro veces que el evangelista menciona a las mujeres lo hace repitiendo el mismo patrón: «... (nombre del padre) engendró, de, a...» (vv. 3.5.6). Por eso, al llegar a María, cabría esperar que dijese «Jacob engendró a José; José engendró, de María, a Jesús». En cambio, rompiendo la serie de 39 repeticiones monótonas de la expresión «generó» afirma: “*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo*” (1,16). José sólo se indica en la genealogía como el “esposo de” una mujer. Esto, junto con la supresión de la expresión «engendró», presenta a María como la Madre de Jesús y excluye a José como el padre: Jesús no ha sido generado por José. Dos relaciones distinguen a María:

- la relación *jurídica* con José, con quien está desposada. Por su relación con José, María se inserta en las generaciones precedentes, en la historia de salvación que expresa la genealogía.
- la relación *natural* con Jesús, que es su hijo porque ella lo engendró¹⁴.

Los nombres que componen la genealogía con sus historias constituyen un resumen de toda la historia de la salvación, cuyo protagonista es Dios.

La peregrinación de esos tres períodos de la historia de Israel¹⁵ con 14 generaciones cada uno (separadas por dos momentos decisivos: el reinado de

¹⁴ No aparece la idea de la adopción de Jesús por José; el árbol genealógico deja abierto el trámite por el que el hijo de María es un descendiente de David. Se precisa una explicación y Mateo intenta darla con el texto siguiente.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

David y la cautividad de Babilonia), alcanza su meta con María, último eslabón de esta larga cadena genealógica. Así, ella también se convierte en testigo privilegiado de toda esa libertad, gratuidad y fidelidad de Dios que resaltaban sus antecesores. Una virgen surge como alba que prepara el día de Cristo.

En la genealogía de Mateo, desde Abraham hasta Cristo, el itinerario de la historia de salvación es un alternarse de luces y sombras. Está el elemento humano (incluso, a veces, intencionalmente elegido por infecundo y/o pecador), junto al amor de Dios, que sigue siendo indefectible.

La repetición uniforme de empadronamientos masculinos se interrumpe cuatro veces para mencionar mujeres; Rahab y Rut son extranjeras; Tamar y Betsabé, dos mujeres que recuerdan la promesa a través de las debilidades de un patriarca (Gn 38) y de un rey (2Sam 11-12). Las cuatro mujeres y los cuatro nacimientos fuera de las normas preparan al lector para la mención de María y el carácter extraordinario del nacimiento de Jesús.

Las genealogías judías del s. I era raro que incluyesen una mujer, mucho menos cinco. No hay genealogía veterotestamentaria en que aparezcan mujeres en tal proporción, por lo que es razonable pensar que Mateo es el responsable de incluirlas. Su elección es llamativa. Faltan las grandes figuras femeninas judías: Sara, Rebeca, Raquel. Para explicar este hecho se han dado distintas interpretaciones. ¿Cuál es el denominador común de estas mujeres? Hay fundamentalmente tres propuestas exegéticas:

- Las cuatro mujeres habían tenido *uniones singulares*, irregulares o hasta «escandalosas». Tamar tomó la iniciativa de unirse de manera desconcertante a Judá: trama un engaño y engendra un hijo de su suegro (Gn 38,1-30). Rajab se unió a Booz en Jericó como prostituta, colaboró en la conquista de la ciudad y así se unió al pueblo de Israel (Jos 2,1-21). El origen moabita de Rut, la “abuela” de David (Rut 1-4), la hacía impura hasta la décima generación (Dt 23,3). La mujer de Urías (Betsabé) engendró de David a Salomón en un contexto de homicidio y adulterio (2Sam 11-12). Sin embargo, aunque pecadoras o impuras, la Escritura también ensalza la justicia de tres de estas mujeres: Tamar (la incestuosa) resulta “justa”: cumple la ley del levirato (Gn 38,26); Rahab (la prostituta) resulta creyente: el NT evoca su fe (Heb 11,31 y St 2,25) y Rut (la extranjera) resulta más creyente y servicial que cualquier mujer israelita: confiesa su fe en el Dios único y se pone al servicio de su suegra necesitada (Rut 3,10). La acción salvífica de Dios -a veces- sigue caminos impensados, inesperados. Desde esta interpretación se podría establecer una relación con la Virgen María, en Ella culmina la irregularidad.
- La piedad judía post-bíblica las consideraba bajo la *actuación providencial de Dios*. A través de tales uniones, Dios cumplió sus promesas y ejecutó su plan de salvación. Tamar fue instrumento de la gracia divina para que Judá

¹⁵ Desde Abrahán a David (que marca el momento ideal), desde David al Exilio (que marca su punto más bajo) y desde el Exilio a Cristo (que es la culminación de la historia).



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

propagase la estirpe mesiánica; Israel entró en la tierra prometida gracias al valor de Rajab; merced a la iniciativa de Rut, ésta y Booz se convirtieron en progenitores del rey David; y el trono davídico pasó a Salomón por haberse interpuesto Betsabé. Por alguna u otra razón, todas evidencian la libertad y la gratuidad de Dios. Eliminando todo obstáculo, Él las elige como continuadoras de la línea mesiánica. De esta manera, Mt muestra que el misterioso nacimiento de Jesús a través de María tiene su “lógica” providencial en la historia de la salvación.

- Las cuatro mujeres son *no judías*, lo cual justificaría la apertura salvífica universal que quiere dar Mateo a todo su Evangelio. Tamar es considerada aramea, Rut es moabita, Rajab es habitante de la Jericó cananea. Nada sabemos sobre Betsabé, porque el texto no la presenta por su nombre, sino como esposa de Urías, que era hitita (2Sam 11,3). Y sobre María apenas cabe establecer ninguna circunstancia (según algunos autores, era pagana). El árbol genealógico presenta así un matiz universal: tácitamente estaría sugiriendo que el Hijo de David, el Mesías de Israel, trae la salvación a los paganos. De ahí también una indicación interpretativa del término «Hijo de Abrahán» (1,1), aparentemente tan obvio y sin embargo tan llamativo: estaría evocando toda la vasta tradición judía que ve a Abrahán como padre de los prosélitos¹⁶. Ellas estarían vislumbrando un tema tan presente en Mateo como es la salvación desde Israel a los paganos.

En el contexto de la historia de la salvación esas uniones irregulares muestran cómo Dios se sirve de lo imprevisto y de lo negativo para triunfar. María, con su embarazo extraordinario y desconcertante (1,18), es testimonio del actuar de Dios, fiel a sí mismo y a sus promesas, incluso por caminos insospechados. Todas estas mujeres, aunque se hayan hecho partícipes de la transmisión de la vida hacia el Mesías por caminos insólitos, permanecen en el ámbito de lo que es posible al hombre. En el caso de María, en cambio, todo proviene de Dios y sobrepasa cualquier posibilidad humana. Dios la elige para la misión de dar a luz al Mesías y, con su poder creador, suscita en ella la vida del Hijo sin intervención de varón.

La genealogía evoca la historia de Dios con el pueblo de Israel y recuerda cómo Dios ha elegido personas concretas, a través de las cuales ha actuado en favor de su pueblo. María también ha sido elegida y vinculada a esta historia para ser la madre de Jesús. En el hijo de María la historia de Dios con su pueblo alcanza su meta y cumplimiento. Dios ha elegido a María para ser la madre de aquel que lleva la historia a su plenitud.

Mt 1,18-25: Concepción virginal y nacimiento de Jesús

¹⁶ Prosélito es un gentil convertido al judaísmo que se había circuncidado, respetaba todas las doctrinas y preceptos de la economía judía, y era considerado un miembro pleno de la comunidad



Fundación
Ramón Pané

**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

La narración de la concepción de Jesús (1,18-25) le permite a Mateo confirmar y explicar lo que en la genealogía apenas había aludido: la concepción de Jesús es excepcional, fue "*por obra del Espíritu*". Esta narración no es un relato mitológico sino una enseñanza teológica; una catequesis sobre el misterio de Jesús que hasta sus propios padres tuvieron que ir asumiendo con la ayuda de Dios.

Recordemos que el punto de partida de los relatos de la infancia fue la fe pascual. Ya san Pablo afirmaba que Jesús había "*nacido del linaje de David, según la carne, y constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos*" (Rm 1,34). Pero Mateo va más allá; además se refiere a la maternidad virginal de María. En orden a la concepción de Jesús, dice que se realizó "*para que se cumpliese el oráculo del Señor, por medio del profeta...*" (Mt 1,23) y cita a Is 7,14, aplicando a Jesús la realidad del "Emmanuel" y a María la de "virgen".

Como en tiempo de la guerra siro-efraimita (734 aC), la supervivencia de la dinastía davídica quedó asegurada por el nacimiento del Emmanuel-Ezequías, así también el nacimiento de Cristo, de la estirpe de David, garantiza por parte de Dios la estabilidad de la descendencia davídica. Pero la condición es confiar en Él y no en el poder de los reinos terrenales de turno¹⁷.

Este texto de Isaías, aunque se refiere al hijo de Ajaz, adquiere un sentido profético, mesiánico y mariológico especial: el niño que va a nacer es el Mesías. He aquí la interpretación teológica del nacimiento: Jesús es el Emmanuel y nace de una Virgen. Ambos hechos maravillosos sólo pueden entenderse como obra del Espíritu Santo. María da a luz al Hijo que reinará para siempre en el trono de David. En el Israel de Dios quedará garantizada para siempre su inalterable gratitud y fidelidad.

La celebración del matrimonio en el mundo judío tenía dos etapas. La primera era el desposorio, que consistía en un intercambio de consentimiento antes testigos (Mal 2,14). Éste constituía un matrimonio legal que daba al novio ciertos derechos sobre la novia, quien desde ese momento pasaba a ser su mujer. A partir del desposorio, la infidelidad conyugal era considerada adulterio y estaba penada con la lapidación (cfr. Dt 22,23-24). La novia seguía viviendo en la casa paterna un año aproximadamente; después, era llevada a la casa del novio para convivir con él (Mt 25,1-31).

¹⁷ Para comprender esta profecía hay que recordar su contexto histórico: la guerra siro-efraimita del 734/33 aC. (cfr. 2Re 16). Siria y Efraín (Reino del norte) hacen una alianza militar y planean atacar la capital del Reino del Sur, Jerusalén, con la intención de derrocar a Acáz, su legítimo rey, atentado así contra la dinastía davídica. La reacción del rey y del pueblo fue un profundo temor (Is 7,3). Isaías interviene e invita a no temer (v.4): Dios domina sobre las naciones y establece los reyes. Les anuncia que el proyecto de Siria y Efraín contra Acáz va a fracasar; pero tienen que confiar (apoyarse) en el único fundamento sólido que es Dios (v.9). Pero Acáz, que no confía, se niega pedir un signo que confirme la ayuda de Dios. Bajo la apariencia de piedad por no querer tentar a Dios, rechaza la ayuda divina. Entonces Isaías le promete que será Dios mismo quien le dará un signo, con el clásico oráculo de anunciación: "la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel" (Is 7,14). La joven sería la esposa del rey que aún no había tenido ningún hijo. ¿Quién es este niño-signo? Se trataría del nacimiento de Ezequías (que sucedió en el 733/32 a.C.), hijo de Acáz y futuro rey de Judá.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Según Mateo, José y María ya estaban desposados, pero María no había sido llevada todavía a la casa del novio. De ahí que el embarazo de María, que no procedía de José, pudiera parecer fruto de un adulterio. Mateo, para no dar lugar a malentendidos, informa al lector de que la concepción es obra del Espíritu. José, que era justo, pero no quería difamarla decidió repudiarla en secreto. En esas circunstancias el ángel del Señor se le aparece en sueños a José que le invita a acoger a María *“porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo”* (v. 20). Dios interviene para disipar las dudas de José: el embarazo es obra de Dios. El momento de oscuridad y confusión que pasó José nos puede ayudar a crecer en nuestra fe: la salida está en escuchar y obedecer a Dios más allá de nuestras noches. El ángel nos invita a hacer nuestras sus palabras: *«no temas recibir a María»* y con Ella al Niño Dios. Dios que se hace humano, se hace cercanía y ternura... hoy vuelve a decirnos *«no temas recibir ternura», «no temas dejarte abrazar y acariciar», «no temas volver a empezar», «no temas escuchar a Dios», «no temas confiar en Él»...*

Gracias a la acción del Espíritu, María se convierte en madre de Jesús, llamado así *“porque él salvará a su pueblo de los pecados”* (v.21). La liberación que trae Jesús está especificada *“a favor de su pueblo: Israel”* y para *“salvación de los pecados”* (mismas palabras que Jesús pronunciará sobre el cáliz en la última cena: *“sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados”* en Mt 26,28). Por eso, la obra de Jesús en medio de su pueblo, sus palabras, sus acciones y su pasión-muerte-resurrección son el signo de la lucha y de la victoria sobre el pecado.

Cuando alguien viene, lo importante es estar en el «lugar» justo. Éste «lugar» es la necesidad de ser salvados, de ser amados, de ser aceptados incondicionalmente. Hay que tener valor para entrar en lo profundo del corazón donde la necesidad de salvación grita a Dios con nombres diversos, pero que en el fondo clama sólo por Él... y si experimentamos que hay pecado, gritar pidiendo Su perdón; si hay inquietud o angustia, suplicarle paz y armonía interior; si hay soledad, pedir Su presencia, si hay desamor u odio, clamar Su amor y si hay miedo, Su cercanía y Su consuelo.

Dios intervino poniendo un nuevo inicio en la historia de la humanidad. Jesús no tiene un padre terreno, no es el resultado de esta historia humana. La humanidad no se ha dado a sí misma, por medio de una procreación humana, al que es el Salvador, sino que lo ha recibido como don de Dios.

Dios llamó a José para confiarle una misión fundamental para con Jesús y para con María: tomar en su casa a María como esposa y darle el nombre a su hijo. Por medio de José padre legal, Jesús viene inserto legítimamente en la descendencia de David. Acogiendo a María como esposa le ofrece un espacio de protección en el que ella podrá llevar a cabo su misión y Jesús podrá crecer. Finalmente, María es presentada como la madre del Emanuel (v.23). Con esta «fórmula de cumplimiento» se cumple el plan divino. La atención no hay que



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

centrarla tanto en el nombre (cfr. Is 7,14), cuanto en lo que éste significa: Dios-con-nosotros¹⁸.

Mateo muestra así que Jesús no es solamente uno de los hijos de David, sino la manifestación definitiva de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Por medio de Él y en Él, Dios ha tomado a su pueblo y se ha vinculado de la manera más estrecha posible. Dios no nos ha abandonado a nuestra propia suerte, ni nos ha rechazado, está a nuestro lado. Estamos bajo su protección y su guía.

Este evangelista no dice nada sobre cómo María conoció su misión, ni cómo la recibió. Dios la eligió, la llamó y por medio de su Espíritu la hizo capaz de convertirse en la madre de su Hijo, con todo el derecho y el realismo de la palabra¹⁹. Le asignó la misión de ser para Israel y para la humanidad la madre del Salvador, del Emanuel.

4) Es agradecida y feliz

- **Lc 1,39-56: visitación y Magnificat**
- **Lc 11,27-28: bienaventuranza doble**

Lc 1,39-56: visitación y Magnificat

El evangelista describe una escena hogareña: dos mujeres que se saludan en una aldea perdida de las montañas de Judá. Dos mujeres sin ningún poder político, sin ninguna importancia geoestratégica, sin ninguna riqueza ni patrimonio. Dos mujeres embarazadas que gozan y dan testimonio de las maravillas que obra Dios. El episodio completo consta de dos partes fundamentales:

- El encuentro de María con Isabel, en el que la anciana reconoce a María como “la madre de mi Señor” (vv.39-45 la visitación)
- La reacción de María ante la alabanza de Isabel y ante la maravillosa actuación de Dios en ella: (vv.46-56 el *Magnificat*)

Los personajes. En la intención del evangelista el relato del encuentro de María, madre del Salvador, con Isabel, madre del Precursor, busca subrayar la superioridad de Jesús sobre el Bautista. María es el personaje central. Pero no por lo que ella haga, sino por cuanto en ella se ha realizado. Así lo reconoce Isabel, la anciana estéril que gracias a la especial intervención del Todopoderoso hoy está en su sexto mes de embarazo (Lc 1,13-17). Si bien el texto coloca en un lugar destacado a María, como modelo de acogida del Señor, modelo de prontitud en el servicio, modelo de alegría... y nos invita alegrarnos con ella, también Isabel -ya antes presentada por Lucas como celosa cumplidora de los mandamientos (Lc 1,5-6)- hace de modelo: mujer humilde, descentrada, de mucha fe... Su

¹⁸ Mt vuelve en dos momentos a especificar la profecía. «Donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos» (Mt 18,20) y «Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

¹⁹ En los relatos de la infancia, Mt repite 6 veces la expresión “su madre”: 1,18; 2,11.13.14.20.21.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

intervención (Lc 1,41), motivada por la llegada de María (Lc 1,40), no tiene otro interés que el de confesar la acción de Dios en ella (Lc 1,42-45) y provocar la alabanza de María que, por primera vez, hace pública su reacción personal ante la maternidad virginal (Lc 1,46-56). Isabel representa el AT que estaba terminando. María, el NT que está empezando. El AT acoge al NT con gratitud y alegría, reconociendo el don gratuito de Dios que viene a realizar y a completar la expectativa de la gente.

No obstante, el gran protagonista de todo el episodio es el Espíritu Santo. En el encuentro, las dos mujeres favorecidas por Dios expresan lo que progresivamente ha venido ardiendo y madurando en sus corazones. Hoy vemos cómo Isabel, invadida por el Espíritu Santo, dice lo que ha podido comprender de María. Luego, en el *Magnificat* (1,46-56) se verá cómo María confiesa lo que, por su parte y ayudada también por las palabras de Isabel, ha podido comprender de la acción de Dios en ella misma. Isabel queda llena del Espíritu Santo y comienza su oración de alabanza y bendición. Es un “estallido” del corazón que envuelve toda la escena. En este contexto es muy importante notar como Isabel denomina a su prima María: la llama “madre de mi Señor”. La acción del Espíritu Santo en Isabel la hace reconocer espiritualmente la presencia del Señor. Al final, el Espíritu Santo vuelve a intervenir para que Isabel felicite a María por haber confiado en la promesa de Dios.

El relato de la visitación consta de dos escenas, divididas por dos escenarios: el camino desde Nazaret hasta la casa de Zacarías y la casa de Zacarías.

1º Escena (v.39): llevar a Jesús = salir de uno mismo

“*En aquellos días*” es después que María recibió el anuncio del ángel Gabriel en que le informara que Isabel había concebido un hijo en su vejez, y ya estaba en el sexto mes (Lc 1,36-37). A diferencia de la precisión con que Lucas nos aclara el tiempo que María estuvo con Isabel fuera de su casa: “*María permaneció con ella (Isabel) unos tres meses, y se volvió a su casa*” (Lc 1,56), no sabemos cuánto tiempo transcurrió entre el anuncio del ángel y la decisión de María de visitar a su parienta. La intención del evangelista es hacer comprender que María se quedó con Isabel hasta después del nacimiento de Juan. Es claro que María volvió a su casa cuando ella misma tenía más de tres meses de embarazo. ¡Cuánta solidaridad!

“*María partió*”, se puso en camino sola. A diferencia de Lc 2 y de Mt 1-2, no se habla de José. El verbo “partir” en Lc tiene un significado teológico: como después lo hará Jesús, María recorre el país según la voluntad y el plan de Dios²⁰. Saber que el hijo que estaba creciendo en sus entrañas era el Hijo de Dios, no lo vio como un privilegio personal, ni como excusa para evitar el servicio a su prima. La madre de Dios inició su periodo de gestación ayudando a su

²⁰ Así, por ej., en Lc 4,30 dice: “Pero él, pasando por medio de ellos, siguió su camino” o en Lc 9,51 dice: “Cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo, Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén”. Ídem Lc 4,42; 7,6.11; 9,51-57; 13,33; 17,11; 22,22.39; 24,28.



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

parienta: esperó la “primera navidad” sirviendo al prójimo. María nos enseña la auténtica forma de esperar a Dios: acercarse a quien necesita ayuda, ponerse a su disposición. Nos enseña que no espera bien a Dios quien no hace el bien a los demás. Atender la necesidad del prójimo es la mejor manera de atender a Dios que está por llegar. Quien crea que esperar a Dios nos ha de hacer desinteresados con este mundo, despreocupados de sus problemas, insensibles ante sus necesidades, no espera realmente al Dios que nació de María, ni prepara dignamente la venida de Jesús.

“*De prisa*” o “con celo”, subraya de un modo narrativo la obediencia y disponibilidad de María, así como la armonía entre su fe y el designio de Dios. El viaje es un gesto concreto de obediencia a la Palabra de Dios (cfr. 1,36). Lucas acentúa la prontitud de María en atender las exigencias de la Palabra de Dios: sin tardanza, “con prontitud” (1,39). La madre de Dios estrenó propia maternidad atendiendo la maternidad de una familiar más anciana. Dice Orígenes: “Jesús, que estaba en su seno, se apresuraba para santificar a Juan, encerrado aún en el vientre de su madre”. Una vez más, el relato nos enseña que los hombres y las mujeres de la Biblia apenas descubren la acción de Dios deben “ponerse en marcha” sin demorar (cfr. Jn 4,28: la Samaritana “dejando su cántaro, salió corriendo...”; Lc 19,6: Zaqueo, después de conversar con Jesús “bajó rápidamente y lo recibió con alegría”).

“*A un pueblo de la montaña de Judá*”. La Sagrada Escritura le enseñó a Lucas que Palestina está hecha de montañas y de valles. Desde Nazaret al norte, en la llanura de la Galilea, hasta el sur montañoso de la Judea, hay un trecho muy largo y escarpado. María no duda y parte inmediatamente. La distancia entre Nazareth y la ciudad de Judá (la tradición dice que es *Ain-Karem* distante a 6 u 8 kms al oeste de la capital Jerusalén) no es poca: de Nazaret hasta la casa de Isabel hay una distancia de más de 120 Km. El viaje, de por lo menos 4 días, Lucas lo centra en la llegada. Sin embargo, este largo recorrido y la soledad silenciosa de María son significativas: podemos ver en el trayecto recorrido una primera etapa de la toma de conciencia que ella está realizando. Después de la anunciación, María vive un momento de pausa, de interiorización, de meditación que seguro le ayudaron a captar mejor el significado de lo que estaba sucediendo en su vida, a profundizar las palabras del Ángel, el proyecto de Dios para Ella. Esto es importante también para nosotros: la acción del Espíritu solicita el cultivo de la interioridad.

“*¿Qué mueve a María? María parte de las palabras del Ángel, “Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez” (1,36), y las interpreta como una invitación para ir a estar con ella. María va al encuentro del “signo” que Dios le dio de que “ninguna palabra es imposible para Dios” (1,37). “¿Qué impulsó a María, una muchacha joven, a afrontar aquel viaje? ¿Qué, sobre todo, la empujó a olvidarse de sí misma para pasar los primeros tres meses de su embarazo al servicio de su prima, necesitada de ayuda? La respuesta está escrita en un Salmo: «Corro por el camino de tus mandamientos, [Señor], pues tú mi corazón dilatas» (Sal 118,32). El Espíritu Santo, que hizo presente al Hijo de Dios en la carne de María, dilató su corazón a las dimensiones del corazón de Dios y la impulsó por el camino de la*



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

caridad. La Visitación de María se comprende a la luz del acontecimiento que le precede inmediatamente en el relato del Evangelio de Lucas: el anuncio del Ángel y la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo fue sobre la Virgen, el poder del Altísimo la cubrió con su sombra (Lc 1,35). Ahora es aquel mismo Espíritu quien la impulsó a «levantarse» y a partir sin tardanza (Lc 1,39), para ser de ayuda a su anciana pariente. Jesús apenas ha comenzado a formarse en el seno de María, pero su Espíritu ya ha llenado su corazón, de modo que la Madre comienza, ya, a seguir al Hijo divino. En el camino que de Galilea conduce a Judá, es el mismo Jesús el que «impulsa» a María, infundiéndole el ímpetu generoso de salir al encuentro del prójimo que tiene necesidad, el valor de no poner por delante las propias y legítimas exigencias, dificultades, peligros para su propia vida. Es Jesús quien le ayuda a superar todo dejándose guiar por la fe que actúa por la caridad (Gal 5,6)” (reflexión del Papa Benedicto XVI realizada en una oración de vigilia en el Vaticano el 31 de mayo de 2007)

¡Qué lindo constatar que lo primero que hace María es llevar la presencia de Jesús –y con Él la plenitud de alegría- a su prima! En este sentido, Ella es la primera misionera cristiana. Antes de que nazca el Salvador, María ya está evangelizando, está llevando a los demás la alegría del Señor. Con María comienza el tiempo de la alegría mesiánica.

2º Escena (vs.40-45): a puro Espíritu Santo

“Entró en casa de Zacarías” (v.40a). María llega a su destino.

“Y saludó a Isabel” (v.40b). Hay muchos saludos en este capítulo (vs.28-29 y aquí vs.40-41.44), porque hay muchos encuentros. Y hay muchos encuentros porque Dios interviene e inaugura la salvación a través de las relaciones humanas. Este saludo, gesto de cariño, es el comienzo de una vida nueva, de una nueva etapa. En la antigüedad y particularmente en los ambientes judíos y cristianos, el saludo no era una formalidad (cfr. Rom 16,16; 1Cor 16,19-20; 1Pe 5,13-14), no se limitaba a desear el bienestar del otro, lo procuraba. Estas mujeres, cuando se saludan, captan la vibración del Espíritu y se abrazan con una inmensa alegría.

Lucas no refiere las palabras de María, porque ahora le interesa la reacción de Isabel. No conocemos el contenido del saludo de María, pero apenas fue escuchado (41a), sabemos de sus dos efectos: hizo saltar de alegría a la criatura que se estaba gestando en el vientre de Isabel (41,b) y provocó la unción del Espíritu Santo en la madre (1,41c). Los versículos 41-42a resultan repetitivos. Sin embargo, están sobrecargados de intensidad.

“El niño saltó de gozo en el seno de su madre” (v.41.44). El saludo de María que lleva a Jesús, hace que el bebé -en las entrañas de Isabel- salte de gozo. El verbo “saltar”, en su origen, describe los movimientos bruscos y alegres del animal recién nacido. El movimiento natural del niño en el vientre de su madre (como el de Jacob y Esaú en el vientre de Rebeca: Gn 25,22), bien puede aludir a la alegría escatológica por la manifestación de Cristo, preconizado en Mal 3,20 que, referido al día del Señor dice: “para ustedes, los que temen mi Nombre, brillará el sol de justicia que trae la salud en sus rayos, y saldrán brincando como terneros bien alimentados”. He aquí la expresión, de modo similar, de la alegría por la



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

salvación escatológica. Que el niño dé “saltos de gozo” en el vientre de su madre representa un gesto que adquiere un valor de signo. Dios se sirve no sólo de las palabras, sino también del lenguaje corporal. Así pues, el Bautista, desde el seno de su madre, ejerce su función de Profeta y de Precursor: “*va por delante del Señor*” (Lc 1,17). Pero asimismo su madre, Isabel, interpreta esos “saltos de gozo” como una señal de que María es la Madre del Mesías esperado. En esa alegría resuena la promesa del Ángel a Zacarías (“*El será para ti un motivo de gozo y de alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento*”: Lc 1,14), como asimismo un anticipo del profundo gozo que María proclamará en breve (Lc 1,47). Esta es la atmósfera de alegría y de júbilo en la que se desarrolla toda la narración de Lucas, como el mejor presagio de la nueva era mesiánica que empieza a despuntar.

El encuentro entre las dos mujeres hace saltar de alegría al niño de Isabel, como clara manifestación de la acción del Espíritu. Esta es la lectura de fe que Isabel hace del don del Espíritu. A partir de este momento, a lo largo de todo el Evangelio de Lucas, muchos experimentarán el gozo por encontrarse con Jesús²¹. El Mesías es portador de alegría, expresión de la plenitud de vida que proviene de Dios. Así comienza la fiesta de la vida que trae el Evangelio de aquel que trae alegría para todos. Estamos acostumbrados a pensar en la religión como un conjunto de ideas que creemos y que nos pueden afectar intelectualmente. Eso es sólo una parte de la verdad. Los evangelios nos muestran cómo Dios renueva de raíz toda la persona: espíritu, alma, cuerpo, mente, afectos, sentimientos... La «Buena Noticia», antes de ser «noticia» es «buena», es felicidad, alegría, conversión vital. Cuando viene Jesús, el Espíritu nos llena, y nuestro interior se conmueve, cantamos, bendecimos, y deseamos felicidad. ¡No puede ser de otra manera! Después de dos mil años, hay que seguir aprendiendo. Hemos hecho una religión demasiado centrada en el cerebro, y hoy estas mujeres nos enseñan a

²¹ Además del Precursor (Lc 1,41.44), la misma Virgen María, a quien el ángel había invitado a la alegría (Lc 1,28) también canta con inmenso gozo al Señor (Lc 1,46-55). El nacimiento de Jesús es un gran gozo para los ángeles que lo anuncian y para el pueblo que viene a salvar (Lc 2,10.13). Los discípulos tienen la alegría de saber que sus nombres están tatuados en el cielo (Lc 10,20), porque son de los “felices” a los que le pertenece el Reino (Lc 6,20). Ellos tienen razón de regocijarse de los milagros de Jesús que atestiguan su misión (como lo manifiestan cuando entra solemnemente a Jerusalén: Lc 19,37); pero no deben poner su alegría en el poder milagroso que Cristo les comunica (Lc 10,17). Por eso los pecadores antes la presencia del Salvador son tan atraídos a alegrarse y a convertirse, como lo atestigua Zaqueo (Lc 19,6.9). De la conversión se alegran en primera persona los que “estaban muertos y vuelven a la vida o los que estaban perdidos y han sido encontrados” (Lc 15,32) como en el cielo lo hacen el Padre y todos los ángeles (Lc 15,7.10.24). Los milagros que realiza Jesús, son un medio destinado, no a procurar una vana alegría a hombres como Herodes, curioso de lo maravilloso (Lc 23,8: “Herodes se alegró mucho al ver a Jesús. Hacía tiempo que deseaba verlo, por lo que había oído decir de él, y esperaba que hiciera algún prodigio en su presencia”), sino a hacer que Dios sea alabado por los sencillos que de verdad se alegran (Lc 13,17: “todos sus adversarios se llenaron de confusión, pero la multitud se alegraba de las maravillas que él hacía”). Pero el más auténtico fundamento de la alegría y el gozo es el Señor resucitado: “Era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer”... “Los discípulos, que se habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría” (Lc 24,41.52).



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

implicarnos más y más, a poner toda nuestra persona ante Dios y a dejar que él nos llene de gozo.

“E Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó...” Luego de este brinco gozoso, Isabel se llena del Espíritu Santo y pronuncia una profecía. Tal como lo decía Lc 1,15 respecto al Bautista: *“estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre”*, ahora sucede con Isabel, luego sucederá con Zacarías (1,67: *“Entonces Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y dijo proféticamente: «Bendito sea el Señor, el Dios de Israel...”*) y más tarde con Simeón (2,25: *“El Espíritu Santo estaba en él”*). La idea de la morada del Espíritu en estos personajes, pertenece a la tradición típica de Lucas y siempre está relacionada con el don de la profecía. La exclamación gozosa de Isabel hace vislumbrar la aurora de la salvación, lo mismo que el movimiento del niño en su seno. Guiada por el Espíritu, Isabel capta la grandeza de lo sucedido en María y lo expresa abiertamente. En esa cercanía, en la que actúa el Espíritu, las dos elevan himnos de alabanza. Se suscita un movimiento de reconocimiento público que revela lo que desde tiempo atrás se ha venido madurando en el corazón. Lo que hasta el momento era solamente el secreto de María ahora Isabel lo anuncia gozosa y con corazón desbordante. Isabel exclama dos palabras claves: *“Bendita”* y *“feliz”*. Una bendición y una bienaventuranza: María es *“bendita”* (*eulogēmenē*) entre las mujeres, porque es *“bendito”* (*eulogēmenos*) el fruto de su vientre y es *“dichosa”* (*makaria*) por su fe. Dos aspectos de la personalidad de María en los que se centra la alabanza: ser madre del Kyrios y ser la gran creyente por antonomasia. En primer lugar, Isabel alaba a Dios por lo que Él ha hecho en María (en el presente, y no como un deseo): la ha llenado de gracia y la ha bendecido con su poder creador, a tal punto, que la hizo capaz de transmitirle la vida al Hijo de Dios. Esta bendición de Isabel recuerda las palabras de Débora, la profetisa, al cantar las gestas de Yael: *“¡Bendita entre las mujeres Yael, mujer de Jéber, el quenita; bendita entre las que habitan en tienda!”* (Jue 5,24), y la bendición con la que Ozías aclama el triunfo de Judit²²: *“¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra! Y bendito sea Dios, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos”* (Jt 13,18).

Bendecir es “generar vida” y precisamente por eso María es “la bendecida” por excelencia: si bien toda mujer es bendición para el mundo por el hecho de engendrar vida, mucho más María es la *“bendita entre todas las mujeres”*, porque ella trae al mundo al Señor de la vida. La expresión *“entre las mujeres”* es una modalidad semítica para expresar el superlativo, se podría traducir la *“bendita por excelencia”*. En el judaísmo contemporáneo, el prestigio de una mujer se medía por la relevancia de sus hijos. En este caso, por tratarse nada menos que de la madre del Kyrios, es natural que se enlace por encima de todas, como la *“bendita por excelencia”*. Según la concepción antigua, quien confería la dignidad a la madre era su hijo. La bendición acompañaba la misión. Notemos que el

²² Judit, mujer de una gran fe, liberó al pueblo de Israel sometido al asedio por Holofernes y ya a punto de perecer de hambre, le corta la cabeza al capitán enemigo (Jt 13,6-7).



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

evangelio se abre con la bendición concedida a María y se cierra con la bendición a los discípulos, pronunciada por Jesús Resucitado (Lc 24,50).

La expresión "*bendito es el fruto de tu seno*", típicamente veterotestamentaria (cfr. Gn 30,2; Dt 7,13; 28,4; Lam 2,20), indica que la concepción de María ya es un hecho. Lucas no lo había mencionado antes de manera explícita, como lo hace con Isabel (1,24).

Inmediatamente, Isabel se pregunta: "*¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?*" (v.43). La pregunta de Isabel ("*¿Por qué... esto?*", "*¿qué honor... éste?*"), no recibe ninguna respuesta. Remite a la exclamación de Arauná, el jebuseo: "*Arauná miró y vio al rey David y a sus servidores que se dirigían hacia él. Entonces salió, se postró ante el rey con el rostro en tierra, y dijo: «¿Por qué mi señor, el rey, viene a ver a su servidor?»*" (2Sam 24,20-21). También nos recuerda la pregunta que David hiciera a Dios a propósito de llevar el Arca de la Alianza a su casa: "*Aquel día David...dijo: «¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca del Señor?»*" (2Sam 6,9). David mandó que el Arca fuera para la casa de Obed-Edom. "*Y el Arca permaneció tres meses en casa de Obed-Edom, y el Señor bendijo a Obed-Edom y a toda su familia*" (v.11).

El traslado del Arca relatado en 2Sam 6,1-16 y 1Cro 15,35ss tiene muchas semejanzas con este texto de la Visitación. María, embarazada de Jesús, es como el Arca de la Alianza que, en el AT, visitaba las viviendas de las personas distribuyendo bendiciones. Va hacia la casa de Isabel y se queda allí tres meses. En el AT el Arca de la Alianza tenía dos sentidos: uno *bélico* (el arca es el emblema de la guerra santa, que atestigua la presencia de Yahvé, "*valiente guerrero*": Ex 15,5; Sal 24,8) y otro *litúrgico* (signo de la presencia de Dios entre los suyos: Ex 25,10-20; 37,1-9; 40,34-38; 1Re 8,1-13). Por otro lado, la presencia del Señor en las guerras, aseguraba la victoria. También María asegura a su pueblo la victoria definitiva sobre el mal e inaugura la era mesiánica en la que serán abolidos el pecado y la desgracia. La era de la salvación ha comenzado con ella, y la Visitación es un anticipo de la efusión del Espíritu que produce la alegría prometida por los profetas.

Pero también, a la luz de 2Sam 24,21, podríamos ver a María en el papel de Reina Madre. De hecho, la exclamación muestra la diferencia de rango entre Juan y Jesús: "*mi Señor*" es más judío que cristiano (Flp 3,8; Jn 20,13.28). La locución aparecerá de nuevo en Lc 20,41-44 y en Hch 2,34, citando el Sal 110,1 referida a Jesús: "*Dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, mientras yo pongo a tus enemigos como estrado de tus pies»*".

La pregunta es retórica. Isabel sabe que está frente a una virgen, ahora embarazada de Dios, y parece no encontrar palabras para expresar todo lo que siente. Isabel comprende que Dios está haciendo cosas grandes en María. En Israel las personas mayores debían ser honradas por los jóvenes, según esta ley: "*Ponte en pie ante las canas y honra el rostro del anciano*" (Lev 19,32). En la visitación, en cambio, la mujer anciana y venerable no se siente digna ni siquiera de ser visitada por la joven: porque ¡esta joven es la "Madre de Dios"! La joven insignificante de Nazaret es, en realidad, la mujer más importante entre las mujeres de la historia. Porque su hijo no es un niño cualquiera sino el "*hijo del*



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Altísimo” (como en el relato de la anunciación), María tiene -con suficiente fundamento- la dignidad de ser la “*Madre del Señor*” (1,43). Esta es la primera designación de Jesús como Señor (*kyrios*).

”*Feliz*”. Con este macarismo, Isabel se hace eco de las palabras pronunciadas por María en la anunciación: “*Hágase en mí según tu Palabra*” (1,38), que califica su actitud como un gran acto de fe: “*Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor*”. Lucas, que había estigmatizado la incredulidad de Zacarías (1,20), ahora, por medio de esta bienaventuranza busca resaltar la actitud plena de fe de María. Es feliz porque cree en la Palabra de Dios; Palabra de Dios que tiene la fuerza para realizar todo aquello que nos dice. Es Palabra creadora. Engendra vida en el seno de la virgen, en el seno de la gente pobre que la acoge con fe. María es grande porque ha creído, porque se ha fiado, porque se ha entregado totalmente a Dios que la ha llamado. María ha sabido en quién confiar, y todo lo que Dios le ha prometido se cumplirá. La Buena Nueva viene, no como recompensa por la observancia de la Ley, sino como expresión de la bondad y de la fidelidad de Dios a las promesas. Es lo que Pablo enseñaba más tarde en las cartas a los Gálatas y a los Romanos.

La primera bienaventuranza del NT fue dirigida a María no por ser la madre del Hijo de Dios sino por haber creído. Fue madre de Dios porque creyó en su Palabra; se hizo una con Dios porque se fió de Él. Llegar a ser familiar de Dios es el destino posible para cualquier creyente que ose fiarse tanto del Hijo como de la Madre. Y quien lo intente, será para los demás ocasión de gracia y motivo de alegría: lleva a Dios a la vida de su prójimo, quien le ha permitido entrar en su vida. La actitud de María ante la Palabra expresa el ideal que Lucas quiere comunicar a cada creyente como a cada comunidad: no encerrarse en uno mismo, salir de casa, estar atento a las necesidades concretas de las personas, y tratar de ayudar a los demás según sus necesidades.

¿Qué quiso decir Isabel? Isabel, inspirada por el Espíritu, anuncia una gran verdad: la felicidad está en creerle al Señor. María “creyó” en el cumplimiento de la Palabra, es decir, la tomó en serio, se abandonó a su poder creador, confió en la fidelidad de Dios a su promesa. La alegría de María proviene de la fuente inagotable de su fe siempre viva, porque ella como ninguna está siempre abierta a Dios. A pesar de que en este capítulo predomina una atmósfera de cumplimiento, el futuro “*que se cumpliría*” recuerda discretamente que el plan de Dios todavía está por realizarse.

Cuando alguien se profesa cristiano, su fe y su vida; lo que cree y cómo lo vive, son dos esferas que están íntimamente unidas. Quien piense que “creer” es sólo profesar un credo religioso, adherir a una religión o a unos dogmas, quizás tiene mucho por crecer. Cuando se cree de verdad se gustan las delicias que Dios regala a quienes lo buscan con sinceridad. Isabel reconoce en su prima esa felicidad por haber creído, pero además porque en consecuencia, su vida ya no responde a un plan trazado por ella, sino por su Señor.

Isabel se contrapone a Zacarías, su esposo, que no puede bendecir porque está mudo. Quedó mudo por no creer que se cumpliría el anuncio del ángel de que su mujer concebiría un hijo (Lc 1,20). Esto es lo que insinúa la exclamación de



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Isabel dirigiéndose a María: "*¡Bienaventurada la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!*". Es como si dijera: mi marido está mudo porque él, en cambio, no creyó. El saludo, que debió haber hecho en ese momento Zacarías, Lucas lo formula más adelante, cuando se le suelta la lengua y pronuncia el "*Benedictus*" (Lc 1,67ss). En la entraña de la bienaventuranza hay un esfuerzo que se premia. Isabel percibió que la fe de María es audaz, valiente y arriesgada. Zacarías e Isabel son la última familia de la antigua Alianza: son ancianos y estériles, quizás hasta cansados de esperar. Su figura representa al pueblo de Israel. María es joven, virgen, llena de gracia y con una fe parecida a la de Abraham (1,37 con Gn 18,14). Su figura inicia el pueblo nuevo de Dios, el Israel nuevo de Dios; por eso es la primera creyente alabada (1,45). A partir de ahora, el evangelista resaltará la de fe de quienes tengan contacto personal con Jesús²³.

Cuando Lucas habla de María, él piensa en las comunidades de su tiempo que vivían dispersas por las ciudades del Imperio Romano y les ofrece en María un modelo de cómo deben relacionarse con la Palabra de Dios: escuchar y obedecer son la clave. María es el modelo de comunidad fiel que sabe escuchar y practicar la Palabra de Dios. Al describir la visita de María a Isabel, el evangelista enseña qué deben hacer las comunidades para transformar la visita de Dios en servicio a los hermanos y a las hermanas.

El *Magnificat* es uno de los más importantes cánticos del NT²⁴. Su objetivo es tener para con Dios una prolongada oración de alabanza y de agradecimiento por todo lo que hizo por su pueblo o por determinadas personas. A la bendición de Isabel, María responde con una alabanza y una bendición a Dios. Ella no se queda con la alabanza que le tributan sino que la remite al Señor, el único que merece toda bendición y gloria.

Casi ningún exegeta le atribuye a María la totalidad de la obra. La hipótesis más común es aquella que ve en el cántico dos elementos: una oración personal de María y un himno judeocristiano, inspirado en el tema bíblico de los *Pobres de Yahvé*. También se escucha resonar el cántico de Ana (1Sam 2,1-10), María, la mujer del «Magnificat», la mujer del canto que brota de su corazón estremecido de amor y de agradecimiento a Dios es el "Arquetipo" de la Iglesia con el corazón en fiesta, que lee agradecida y canta la tierna historia de amor que el Señor ha sellado con ella a través de los siglos. Ya san Ireneo, en los inicios del cristianismo, lo afirmaba diciendo: "*María, rebosante de alegría, gritó proféticamente en nombre de la Iglesia: «Mi alma glorifica al Señor»*".

²³ Así, por ejemplo, al oír las palabras del Centurión romano, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la multitud que lo seguía, les dijo: "*Yo les aseguro que ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe*" (Lc 7,9). A la pecadora perdonada, Jesús le dijo: "*Tu fe te ha salvado, vete en paz*" (Lc 7,50), tal como le dijo después de sanarla, a la mujer que padecía de hemorragias: "*Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz*" (Lc 8,48). En la fe tendrán que ser educados de manera especial los futuros evangelizadores (a los de Emaús, Jesús los reprendió por su rudeza: "*¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!*" (Lc 24,25).

²⁴ Otros cánticos se encuentran en Lc 10,21; Rm 11,33-36; Ef 1,3,14; Fil 2,6-11; Col 1,15-20; etc.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

El cántico -cuyos tres grandes inspiradores podrían ser el gozo, la pobreza y la esperanza²⁵- comprende tres momentos:

- La relación de Dios con María (46-49)
- La relación de Dios con los humildes y pobres (50-53)
- La relación de Dios con el Antiguo y Nuevo Israel (54-55)

La relación de Dios con María (46-49):

Estos versículos convergen en el tema del gozo: en los dos primeros (vv.46-47) se ve el exulte de María y en los otros dos (vv.48-49) se exponen las razones.

v.47 Notemos que no dice «mi voz» o «mi boca» o «mi mano», ni tampoco «mi razón o mi voluntad» glorifican al Señor: hay muchos que alaban a Dios en voz alta, que predicán con palabras exquisitas, que dicen discursos, escriben sobre él, que pintan; muchos que, apoyados en la razón, especulan sobre él; muchos que lo ensalzan con devoción. Lo que alaba de María es su alma (*psychè*) y su espíritu (*pneuma*). En el lenguaje bíblico con estos vocablos se designa la parte del hombre donde se unifican sus pensamientos y sentimientos; es la parte del yo profundo de la persona. Se está diciendo que el cántico de María sale de su corazón y que la compromete totalmente. Su vida entera ensalza al Señor.

Esto lo expresa con dos verbos: magnificar y exultar. Magnificar a Dios es, según la Escritura, reconocer y proclamar su grandeza a través de un explícito acto de fe²⁶. Exultar es el acto por el cual la persona manifiesta de modo cálido y entusiasmado su propia alegría²⁷.

El gozo de María se basa en “*Dios mi Salvador*”. El gozo es signo de la presencia mesiánica. Es la alegría del final de los tiempos, el suspiro de gozo de Israel, el gozo que surge al ver llegar la plena liberación. El gozo de María está anclado en la convicción de que Dios mantiene cuanto promete.

Pedro, en su primera Carta, reafirmará esta actitud del creyente que ama y es fiel a Cristo: “*ustedes se regocijan a pesar de las diversas pruebas que deben sufrir momentáneamente: así, la fe de ustedes, una vez puesta a prueba, será mucho más valiosa que el oro perecedero purificado por el fuego, y se convertirá en motivo de alabanza, de gloria y de honor el día de la Revelación de Jesucristo. Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria*” (1Pe 1,6-8).

²⁵ El gozo podría considerarse como la clave musical del canto de María, en plena sintonía con el texto anterior en casa de Isabel, pero no menos con el de la misma Anunciación. La pobreza -integrada en la lógica de la salvación- es el gozne entorno al cual se desarrolla el cántico por entero. Esto vale sobre todo en los vv.48.50-53 dirigidos a las personas humildes, escondidas, indigentes, atribuladas. Para María la esperanza no es “un objetivo” a alcanzar; sino una presencia: ella lleva a su Hijo -esperanza de Israel- en su vientre.

²⁶ Sobre el sentido del verbo alabar y glorificar (*megalunw*) a Dios movidos por el Espíritu Santo, cfr. Lc 1,58; Hch 10,46; 19,17; Flp 1,20.

²⁷ El mismo verbo *agalliauw* vuelve a aparecer en Lc 10,21 cuando Jesús explota de gozo en el Espíritu y alaba al Padre. Además en Mt 5,12; Lc 1,47; 10,21; Jn 5,35; 8,56; Hch 2,26; 16,34; 1Pe 1,6.8; 4,13; Ap 19,7 siempre con el sentido de alegría desbordante por la fe o la acción del Señor.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Ahora bien, para que uno se estremezca o se consuele de gozo en virtud de las actuaciones grandiosas de Dios, no basta con creer que Él puede y sabe realizar estas maravillas; se precisa también la convicción de que Dios quiere hacerlas. No basta, incluso, con creer que Dios ha obrado grandes cosas con otros. Hay que estar convencido de la [buena] voluntad de Dios, y creer con firmeza que también en uno, quiere realizar esas cosas grandes. Esta es la única fe que vale, la única que acerca a la experiencia de las obras divinas y, a través de ello, la que impulsa a alabar el amor de Dios, y a cantar sus maravillas.

v.48 El verbo mirar (*epiblepw*) significa dirigir la mirada sobre alguien en el sentido de prestarle atención, de ocuparse de esa persona, como en Lc 9,38. La mirada de Dios sólo se dirige hacia abajo, no tiene a quien mirar hacia arriba. Como dice Daniel: «*Estás sentado sobre los querubines, y miras hacia lo profundo del abismo*» (Dan 3,55) o el Salmo 137,6: «*Dios es el más excelso, mira hacia abajo y se fija en los pequeños, a los elevados los conoce de lejos*». Lo mismo se repite en el Salmo 113,5-6: «*¿Dónde hay un Dios semejante al nuestro, que está sentado en las alturas y, sin embargo, mira hacia abajo, a los humildes del cielo y de la tierra?*».

Contrariamente, el mundo y los ojos humanos que sólo miran hacia arriba, quieren subir más y más. Así está escrito en Prov 30,13: «*Es éste un pueblo de ojos altivos, cuyos párpados se dirigen hacia arriba*». Lo comprueba la experiencia de todos los días: cómo lucha todo el mundo por ascender, por adquirir honores, poder, riqueza... El mundo se empeña en estar pendiente de las personas de este estilo, se las busca, se las sirve con gusto... todos quieren participar de sus rangos. Nadie quiere mirar hacia abajo. La mayoría aparta los ojos de donde hay pobreza, oprobio, indigencia, miseria o angustia. A pesar del consejo de Pablo: «*Queridos hermanos, no hagan caso de las cosas elevadas, sino de las humildes*» (Rom 12,16), en general, se evita a la gente así, reciben poca ayuda, por lo que se ven obligadas a seguir siempre abajo, entre los pequeños y menospreciados. Dios, en cambio, mira hacia “lo de abajo”, hacia lo menesteroso y mísero, y está cerca de los que se encuentran en lo profundo, «*resiste a los altivos y se muestra gracioso con los humildes*» (1Pe 5,3).

De aquí surge el amor y la alabanza a Dios. No se puede alabar a Dios si antes no se lo ama, y no se puede amarlo si antes no se lo conoce a través de las obras que manifiesta en nosotros, y que experimentamos a diario. El que experimentó cómo Dios dirige su mirada hacia abajo y ayuda a los pobres, a los despreciados, a los miserables, a los desventurados, a los abandonados y a los que no son nada, seguro lo ama de corazón, seguro sobreabunda de gozo, exulta por la complacencia con que Dios le ha deleitado. María confiesa que la primera obra que Dios ha realizado en ella ha sido la de mirarla. Es la mayor acción, todo lo demás deriva de esa mirada. Cuando Dios vuelve su rostro hacia alguien para mirarlo, como un gesto de gracia pura (tal como suplican los Salmos con diferentes expresiones), se experimenta una felicidad indescriptible; de ello se sigue todo el resto.

Con la frase ha mirado la “pequeñez” (*tapeinosis*)²⁸ de su sierva, María se identifica con los que han quedado al margen de la sociedad y tienen la triste suerte de llevar

²⁸ El sustantivo también se puede traducir por humillación: cfr. Hch 8,33; Fil 3,21; Sant 1,10. Para el adjetivo humilde, cfr. Mt 11,29; Lc 1,52; Rom 12,16; 2Cor 7,6; 10,1; Sant 1,9; 4,6; 1Pe 5,5.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

una existencia cargada de todo tipo de privaciones y esto es lo que llama a la atención y a la complacencia de Dios. Pequeña y servidora se presenta como los que en el AT se llamaban “*pobres de Yahvé*” (cfr. Sof 2,3; 3,2).

- Básicamente, el AT desconoce la opción por la pobreza como carencia de bienes. Dios no quiere la pobreza y hace suya la causa de los pobres, escuchando su clamor (cfr. Ex 2,23s; 22,22.26). Al contrario, la riqueza era el signo de la bendición de Dios. Los profetas no se cansan de denunciar la pobreza nacida de la injusticia y de los atropellos de los poderosos. Son frecuentes las injurias contra los que violan los derechos del pobre o del débil. Tampoco se callan cuando la pobreza brota de la opresión, como hecho escandaloso, que deja a los indigentes en una total orfandad social (cfr. Am 6,1-7; Is 5,9ss; Jr 22,13ss). Recién después del Exilio, comienza un proceso como de “*espiritualización*” de la pobreza, cuyo pilar es la esperanza en Dios liberador. Recién allí se convierte en una actitud asumida voluntariamente que reconociendo su propio vacío espera ser llenado por Dios. La actitud de estos pobres será la de la pronta disponibilidad a cumplir la voluntad divina.
- Lucas presenta una galería de figuras cuya espiritualidad coincide con la de los “*pobres de Yahvé*” del AT. Apoyados en su capacidad de dejarse sorprender por un Dios que desborda al hombre, o en la confianza de que su pequeñez y debilidad serán sostenidas por la omnipotencia y fidelidad de Dios que los ama, son personas llenas del Espíritu que, a pesar de su humildad, saben discernir los signos de los tiempos y reconocer al Salvador. Su disponibilidad a secundar la vocación del Todopoderoso es propia de estos pobres y humildes del Señor. Así, por ejemplo, en el Evangelio de la infancia de Lucas, mientras los sencillos (los pastores) reconocen la llegada de la salvación, Herodes la rechaza y los sacerdotes la ignoran. También María -en su Magníficat- encarna la espiritualidad de pobre: “*Ha mirado la humillación de su esclava*” (Lc 1,48). Sin embargo, Ella revela un cambio de situación: “*Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes, y a los ricos los despide vacíos*”. María habla gracias a una experiencia peculiar por la que el Espíritu Santo la ha agraciado. Precisamente porque Ella ha experimentado en sí misma que Dios le ha hecho maravillas, a pesar de ser ella tan poca cosa, ha recibido del Espíritu la sabiduría de que Dios es un Señor que no hace más que ensalzar al que está abajado y abajar al encumbrado. Y no será la única vez que Lc destaca la exaltación de los humildes y la humillación de los soberbios. Esta inversión la vuelve a escenificar en la parábola del rico necio (12,16-21), en la de los invitados al banquete (14,7-11) y en la del pobre Lázaro y el rico Epulón (16,19-31). La mejor articulación se da en la bienaventuranza: “*Bienaventurados los pobres... Ay de vosotros los ricos*” (Lc 6,20 y 26).

v.49 “*El Poderoso ha hecho en mí cosas grandes*”. “*El Todopoderoso*” anticipa lo que la Iglesia proclamará como verdad de fe en el Credo. Como dice san Pablo, «*sólo Dios hace todo en todas las cosas, obra suya son las obras de todas las creaturas*» (Ef 1,11). También Ana (la madre de Samuel) cantó así: «*No hay humano que pueda triunfar por su fuerza*» (1Sa 2,9), y luego volverá a decir san Pablo: «*No tenemos*



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

capacidad para atribuirnos nada a nosotros mismos, nuestra capacidad proviene de Dios» (2Cor 3,5).

La bienaventurada no detalla ninguno de los bienes, sino que los canta todos conjuntamente al exclamar *“ha realizado grandes cosas en mí”*, es decir, es grande cuanto Dios ha hecho en Ella. Aunque no se especifica la naturaleza de las grandes obras cumplidas por Dios en relación con María, una primera intuición la podemos encontrar en la voz del Ángel de Lc 1,30-33: *“No temas María, concebirás un Hijo, le darás a luz, será grande y se lo llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su Padre y reinará por siempre sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin”*. En María se actualizan las grandes obras de Dios, en cuanto Él la ha elegido para que fuera su Madre, y pueda llevar a cumplimiento, una vez para siempre, todo aquello que había sido programado en el orden de la historia de la Salvación.

En el AT, al obrar de Dios se lo clasificaba por lo extraordinario y por la eficacia que tenía. Eran obras extraordinarias, porque no obstante los hechos naturales que implicaban, superaban ampliamente aquello que Israel estaba habituado a ver en el curso ordinario de la naturaleza y de la historia; con esto se revelaba la potencia de Dios. Podemos ver Sal 77,13 como también en Is 25,1 que lo llaman *obras maravillosas*, o el Sal 9,2 como *prodigio* o Is 64,2 *signos tremendos*. Todas son obras eficaces porque siempre realizan aquello que significan. Tal es el caso del Éxodo, en donde se realizan un cúmulo de hechos por medio de los cuales Dios libera a su Pueblo. Cuanto mayor sea el fervor espiritual, menos palabras se pronuncian. Es lo que enseñará Jesús: *“Cuando oren, no hablen mucho, como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados”* (Mt 6,7).

Dice el profeta: *«El que se gloria, que se gloríe de tener inteligencia y conocerme. Porque yo soy el Señor, el que practica la fidelidad, el derecho y la justicia sobre la tierra. Sí, es eso lo que me agrada, oráculo del Señor»* (Jer 9,23). Es lo mismo que enseña san Pablo: *«El que se gloria, que se gloríe en Dios»* (2 Cor 10). Esto hace María, canta lo que Dios ha realizado en ella.

Nos deja dos enseñanzas. Primero: hay que atender a lo que Dios hace con uno antes de considerar lo que hace con los demás. María nos invita a reflexionar sobre lo que Dios ha realizado en nosotros, y a depositar la confianza de nuestra salvación en las obras que Él nos ha hecho. Segunda lección de María: intentar ser el primero en la alabanza de Dios por lo obrado en la propia vida. Ser pronto en reconocer las obras que ha realizado en uno mismo, y después alabarlo por lo que haya hecho con los demás. Así leemos que Pablo y Bernabé predicaban a los apóstoles las obras que Dios había realizado en ellos: *“toda la asamblea hizo silencio para oír a Bernabé y a Pablo, que comenzaron a relatar los signos y prodigios que Dios había realizado entre los paganos por intermedio de ellos”* (Hch 15,12), y los apóstoles a su vez proclamaban las suyas (Hch 15,13ss). Lo mismo hicieron los de Emaús al compartir la experiencia de la resurrección de Cristo (Lc 24,34-35).

La relación de Dios con los humildes y pobres (50-53)

Una vez que ha terminado de cantar a propósito de Ella, de los bienes divinos recibidos, y que ha ensalzado a Dios, comienza a pasarse a través de las obras que el Señor ha realizado en algunas categorías de personas, y le canta con este motivo.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Nombra a los soberbios, los potentes y los ricos que pertenecen a una única categoría de personas, por tratarse de individuos en posesión de cargas públicas, que tienen dinero porque se aprovechan de este cargo de privilegios, y de esta manera se creen independientes de Dios. Se creen dueños del mundo y de poder oprimir a aquellos que tienen menos que ellos, y por lo tanto son amonestados como el Faraón de Egipto, Nabuconodosor, u otros. Los soberbios en oposición a los humildes aparece en la Carta de Santiago *“Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes”* (Sant 4,6) y se repite en 1Pe 5,5. Los verbos dispersar, derribar y despedir tienen cada uno un significado distinto, pero todos nos hacen ver que Dios no queda indiferente frente a las personas que actúan de esta manera. Habría que recordar a Isaías: *“Vendrá un día en que el Señor de los Ejércitos se alzará contra los soberbios y altaneros, contra los que se elevan para derribarlo... será doblegado el orgullo de los hombres y será abatida su altanería”* (Is 2,12-17) y al Eclesiástico: *“el Señor ha abatido a los poderosos, ha dado vuelta a las naciones, las ha destruido desde sus fundamentos, extirpado y aniquilado... y ha hecho desaparecer de la tierra su recuerdo”* (Ecl 10,14-17). El salmista describe muy bien esta realidad cuando dice: *“El Señor nuestro Dios eleva al necesitado desde el polvo, al pobre de la ignominia, de la basura, para hacerlo sentar entre los principales de su pueblo”* (Sal 113,7-8), o cuando dice: *“El Señor libera a los prisioneros, da la vista a los ciegos, sostiene al huérfano y a la viuda; pero destruye el camino de los impíos”* (Sal 146,7-9).

Estos 4 versos enumeran seis obras divinas en seis clases de hombres. Divide al mundo en dos partes, y muestran lo que Dios realiza en ambas partes, pintándolo tan a la perfección, que es imposible hacerlo mejor.

1° obra: la misericordia. Dios es misericordioso con los que voluntariamente renuncian a la presunción, y optan por permanecer pobres en espíritu. Temen a Dios de verdad los que no se creen dignos de nada, y se presentan despojados ante Dios y ante el mundo. En cuanto a lo que poseen, saben que lo tienen por pura gracia, inmerecidamente; lo alaban y con gratitud. Dios se complace en manifestar su misericordia, sin cesar, de generación en generación sobre los que le temen.

2° obra: destrucción del orgullo espiritual. Haciendo uso de la potencia de su brazo, despoja a los soberbios de corazón. En la Biblia, el brazo de Dios expresa su propia potencia, en virtud de la cual actúa sin mediación de creaturas, en silencio, secretamente: nadie lo advierte hasta que no sucede. Por eso esta potencia, este brazo, no pueden comprenderse ni conocerse sino por medio de la fe. Por eso se queja Isaías de los pocos que creen en este brazo, y dice: *«¿Quién da fe a nuestra predicación y a quiénes les es conocido el brazo de Dios?»*. Y todo porque *«sucede en lo secreto y con una apariencia externa que no tiene paridad con esa fuerza»* (Is 53,1). También Habacuc dice que los cuernos que aparecen en la mano de Dios significan su gran potencia y, a pesar de todo, añade *«su fuerza está escondida»* (Hab 3,4). Cuando él actúa por su brazo: se destruye antes de que se pueda pensar en ello y se reedifica sin que nadie lo sueñe ni lo perciba. Esta manera de obrar la reserva Dios para cuando actúa con los dos sectores del mundo: los buenos y los malvados. Los «hombres de corazón soberbio» son los que se complacen enteramente en su opinión, en su presunción, en su inteligencia y no reconocen las obras de Dios.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

3° obra: abaja a los encumbrados. Mientras el mundo perdure, tienen que existir la autoridad, el gobierno, la potencia y los tronos. Pero lo que constata María es que nada de esto dura para siempre. Los reyes de Asiria, Babilonia, Persia, Grecia, Roma... cuando pensaban que iban a estar sentados en sus tronos por toda la eternidad, en algún momento y por alguna circunstancia, vieron su fin. Lo que Dios destruye es el orgullo y la ambición que se aprovecha de los más débiles.

4° obra: elevación de los pequeños. Por pequeños no hay que entender sólo a los humildes, sino a todos aquellos que son insignificantes, que no cuentan a los ojos del mundo. Es exactamente el mismo término que antes se había aplicado a sí misma (v.48).

5° obra: colmó de bienes a los hambrientos. Los hambrientos no solo son los que pasan necesidades materiales, son además los que están identificados con Dios, quienes en Él creen y confían, quienes de Él dependen. Son casi las mismas palabras que dijera Ana, la madre de Samuel, en su oración: «*Los hasta ahora hartos se han tenido que contratar para ganar el pan, y los hambrientos han salido saciados*» (1Sam 2,5). En la misma línea, Elías fue alimentado por cuervos, y durante una larga temporada comió con la viuda de Sarepta de aquel puñado de harina (1Re 17,6-15). Como reza David, Dios no puede abandonar a su suerte a los que confían en Él: «*Fui joven y envejecí, y estoy por ver aún abandonado al justo y a su linaje mendigando el pan, porque es rico quien se fía de Dios*» (Sal 36), o cuando afirma: «*Los ricos quedan pobres y hambrientos, pero los que buscan a Dios de ningún bien se verán privados*» (Sal 34,11). Desafortunadamente, la falta de fe obstruye el camino, dificulta que Dios realice esta obra en nosotros

6° obra: despidió a los ricos con las manos vacías. El que prefiere estar bien saciados, bien provistos de todo, como el que se cuida obsesivamente de aprovisionarse con antelación, precaverse del hambre y de las necesidades venideras, nunca tendrá necesidad de Dios ni de sus obras. De Él, quedará vacío.

Todo nos da la idea de que la venida de Jesús está ordenada a dar vuelta la situación hasta ahora existente. Mientras que los detectores del poder serán destinados a la miseria, los pobres, los oprimidos y los indigentes se verán reintegrados a su propia dignidad y llevados a realizar sus legítimas aspiraciones.

La relación de Dios con el Antiguo y Nuevo Israel (54-55)

Estas afirmaciones del *Magnificat* nos hacen pensar en Is 41,8-16 el cual tiene una clara connotación mesiánica y presenta las diversas etapas en que se desarrollará la acción salvífica de Dios en vista al pueblo elegido: Él lo eligió como a su pueblo - Con la intención de hacerlo su siervo - Le garantiza una existencia constante contra el enemigo - Y le ha manifestado muchas veces ser el único redentor - Y le promete no desilusionarlo jamás. Otros pasajes del AT que iluminan Lc 1,54-55 son Miq 7,20: «¡OH Señor, conservarás a Jacob, tu fidelidad, a Abraham tu benevolencia como lo has jurado a nuestros padres desde los tiempos antiguos»; Sal 18,51: «El Señor se muestra fiel a su consagrado, a David y a su descendencia por siempre» y el Sal 25,6: «Acuérdate Señor de tu fidelidad desde siempre». Si tenemos en cuenta todos estos textos no podemos negar la relación existente entre el antiguo y el nuevo Israel, expresado en estos versículos de Lucas. Con Jesús se pasará del tiempo de la



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

promesa, al tiempo del cumplimiento. Del tiempo del anuncio, al tiempo de la realización; y esto ocurre porque Dios es misericordioso y fiel.

v.54-55 Socorrió a Israel... Como lo había prometido...

Estos versos dejan claro que Dios no acogió a Israel por sus propios méritos ni por sus logros, sino en virtud de su propia promesa. Por pura gracia lo prometió, por pura gracia lo cumplió. Así lo explica Pablo en la Carta a los Gálatas: Dios se comprometió con Abrahán cuatrocientos años antes de entregar la ley a Moisés (cfr. Gal 3,17), para que nadie pudiera gloriarse y decir que había merecido y conseguido tal gracia y promesa por la ley o por las obras de la ley. La madre de Dios alaba y ensalza en este pasaje primordialmente esta promesa, y atribuye la obra de la encarnación de Dios sólo a la promesa divina y gratuita hecha a Abrahán. La promesa de Dios a Abrahán, concretada en Gn 12 y 22, dice: «He jurado por mí mismo que en tu posteridad serán benditas todas las generaciones o pueblos de la tierra» (Gn 12,3; 22,18). En ella está comprendido y salvado Abrahán con todos sus descendientes; y por ella nos salvaremos también todos nosotros; se refiere a Cristo, el único Salvador.

"María es la Virgen orante. Así aparece Ella en la visita a la madre del Precursor, donde abre su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza: tal es el Magníficat, la oración por excelencia de María. Canto de los tiempos mesiánicos, en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel, porque -como parece sugerir S. Ireneo- en el cántico de María fluyó el regocijo de Abrahán que presentía al Mesías (cf. Jn 8,56) y resonó, anticipada y proféticamente, la voz de la Iglesia... Virgen orante aparece María en Caná, donde, manifestando al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene además un efecto de la gracia: que Jesús, realizando el primero de sus 'signos', confirme a sus discípulos en la fe en Él. También el último trazo biográfico de María nos la describe en oración: los apóstoles «perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos»" (Marialis Cultus 18).

Lc 11,27-28: bienaventuranza doble

Lucas es el único evangelista que ofrece este episodio. Mientras Jesús se defendía de la acusación que le hacían sus enemigos al catalogarlo de endemoniado (11,14-22), una admiradora del pueblo, alzando la voz, le dijo: "¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantarón!". Es interesante notar que, tanto aquí como en la visitación (1,45), las que bendicen son mujeres. La mujer que, en la cultura hebrea, no tenía derecho a expresarse en público, en el Evangelio de Lucas adquiere voz y poder, hasta para bendecir en alta voz.

Estamos frente a una alabanza doble: dirigida a la Madre por su maternidad biológica, haciéndose eco de una de las bendiciones de Jacob en su Testamento a José: "bendiciones de los pechos y del seno materno" (Gn 49,25); pero también a su hijo, por el poder y la autoridad con que enseñaba y actuaba, sobre todo respecto a los demonios.

Pero Jesús, como redoblando la apuesta, le responde: "Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan" (11,27-28). La verdadera felicidad, no se debe a un contacto



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

físico ni a una pertenencia familiar, sino a una disposición de fe que presta atención a la Palabra de Dios. Jesús promete la felicidad a quienes ofrecen una buena acogida al Dios que les habla. Por tanto, este texto lucano destaca que la Madre de Jesús es dichosa, pero no solamente por tener un hijo con autoridad, sino porque ha oído, obedecido, guardado y practicado activamente la Palabra viva de Dios.

Así lo afirma bellamente San Agustín: *“¿Por ventura no cumplió la Virgen María la Voluntad del Padre, ella que dio fe al mensaje divino, que concibió por su fe, que fue elegida para que de ella naciera entre los hombres el que había de ser nuestra salvación, que fue creada por Cristo, antes que Cristo fuese creado en ella? Ciertamente santa María cumplió perfectamente la voluntad del Padre, y por eso es más importante su condición de discípula de Cristo que la de Madre de Cristo. Es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser Madre de Cristo. Por esto María fue bienaventurada, porque antes de dar a luz al Maestro, lo llevó en su seno... Por esto es bienaventurada María, porque escuchó la Palabra de Dios y la observó. Guardó más la verdad en su mente que la carne en su seno”* (Sermon 25).

Para Lucas, la escucha de la Palabra precede e implica un “obrar” cristiano de un nuevo tipo. Cercana a la pericopa sobre la verdadera familia de Jesús (Lc 8,19-21), no es exactamente su duplicado. En este caso, el texto no dice “hacer” (como en Lc 8,21; Mc 3,34 o Rom 2,13 respecto a la Ley), sino “guardar” (y el verbo está en presente continuo y es el mismo que utiliza Lc 18,21 en boca del hombre rico: *«Todo esto lo he “estado guardando” desde mi juventud»*). Guardar la Palabra es hacerla crecer, hacerla producir, mantenerla viva. He aquí el campo ético de la perseverancia. El complemento obligado de la fe. Es lo que hace María, la creyente que “*conservaba*” (2,19) y “*conservaba con cuidado*” (2,51). Hay exégetas que se niegan a traducir el verbo “guardar” por “poner en práctica” y dicen: *“tenemos que guardar lo que nos guarda a nosotros; somos como el niño que se agarra a la mano de su hermano mayor por el camino y vela por esa mano que ya ha velado sobre él”*²⁹. La Palabra nos ha puesto en camino y tenemos que velar por seguir aferrados a Ella, caminando con Cristo.

Como en otras ocasiones, Lucas vuelve a recordar que los creyentes no pueden contentarse con escuchar a Dios pasivamente o de forma distraída (cfr. 8,14-15). Su fe tiene que exteriorizarse en una práctica de amor (cfr. 8,21) y vivirse en la duración, es decir, prolongarse en la perseverancia (8,15). El verbo “guardar” del v.28 posee esta doble connotación. Siguiendo la invitación de Jesús, las creyentes ponen en práctica el mandamiento del amor y resisten a las vicisitudes del tiempo, así como a los riesgos del desánimo.

Se empieza a cumplir la profecía vaticinada por María: *“En adelante, todas las generaciones me llamarán bienaventurada”* (1,48). Y somos nosotros, la generación de hoy, quienes seguimos alabándola y llamándola: ¡Bendita entre las mujeres! ¡Bendita por ser Madre! ¡Bendita por ser creyente! ¡Bendita por ser discípula! ¡Bendita por ser oyente y observante de la Palabra! La grandeza de María no tiene comparación: por haber aceptado la Palabra de Dios y por haberla llevado a término, fue Madre de Dios.

La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros. La Palabra se encarnó en la casa de María y de José, en un hogar de Nazareth. De los oyentes de la Palabra María es la más perfecta, ella la encarnó en su seno, se acomodó en todo a esa Palabra, nunca pecó en su contra, siempre cumplió lo que le pedía, siempre fue fiel y

²⁹ M. CORBIN, *Garder la parole de Dieu*, Paris 1977, 116-118.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

humilde servidora de esa Palabra... y acomodó su vida a Dios. María recuperó con su escucha y práctica obediente a la Palabra de Dios, lo que Eva había perdido. María no solamente aceptó que la Palabra se encarnara en su ser sino que además encarnó la Palabra en su vida, porque ella siempre hizo lo que Dios le pidió, cambió sus planes para seguir los de Dios, siempre estuvo humildemente escuchando y cumpliendo Su voluntad.

La Madre de Jesús tuvo la dicha de llevar a Jesús en su seno, y luego de alimentarlo y hacerlo crecer. Quienes escuchan y guardan la Palabra de Dios se convierten en "crístóforos". Así, todos tenemos acceso a la felicidad, a la bienaventuranza que Dios desea y ofrece a sus hijos. María como creyente fue la primer bienaventurada de las que habla el v.28.

Terminemos este párrafo con palabras del Papa Benedicto XVI pronunciadas el 9/11/2011: *"La fidelidad del creyente nace de la escucha de la Palabra, de custodiarla en lo más íntimo, meditándola y amándola, como María, que "custodiaba, meditándolas en su corazón" las palabras que le habían sido dirigidas y los sucesos maravillosos en los que Dios se revelaba, pidiendo su sí. Y si el Salmo comienza con los primeros versos proclamando "beato" a "quien camina en la Ley del Señor" y a "quien custodia sus enseñanzas", es también la Virgen María la que lleva a cumplimiento la perfecta figura del creyente descrito por el salmista. Es Ella, de hecho, la verdadera "beata", proclamada como tal por Isabel por "haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor", y es de Ella y de su fe de quien el mismo Jesús da testimonio cuando, a la mujer que gritaba "Bendito el seno que te ha llevado", responde: "Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican". Ciertamente, María es bendita porque en su seno llevó al Salvador, pero sobre todo porque acogió el anuncio de Dios, porque fue una guardiana atenta y amorosa de su Palabra"*.

5) Recibe homenajes pero también humillaciones

- **Mt 2,1-12: la visita de los Magos**
- **Mc 6,1-6 - Mt 13,53-56 - Jn 6,42: los orígenes de Jesús**

Mt 2,1-12: la visita de los Magos

El relato de la adoración de los magos presenta las dos reacciones que suscita el nacimiento de Jesús. El género literario del texto es un relato midrásico, es decir, de una escenificación de textos del A.T. que refieren las promesas hechas a los judíos exiliados y a los gentiles de que en los tiempos escatológicos vendrían a adorar y ofrecer dones a Jerusalén, aplicados a situaciones del N.T.

Habiendo *"nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes"*, unos magos de Oriente intuyen la presencia del *«rey de los Judíos»* que ha nacido porque han visto su estrella. Se ponen en camino y lo buscan con el fin de adorarlo. Otro rey, Herodes, y todo Jerusalén con él, se turban ante la posible presencia del nacido *«rey*



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

de los Judíos». Y esto, a pesar de tener las Escrituras que anunciaban su nacimiento en Belén de Judá (2,5-6).

Los magos se ponen en camino, ahora enviados por Herodes. Llenos de inmensa alegría entran en la casa donde se detiene la estrella, ven al niño con María su madre, y postrándose le adoran y ofrecen sus dones (2,11). Lo curioso e insólito según la mentalidad hebrea -para la cual el varón adulto es el único que cuenta- es que José ni se menciona. Cuando los magos entran en la casa, ven al niño con María su madre y postrándose le adoraron (2,11). Ellos buscan al Mesías y encuentran a un niño envuelto en pañales junto a su mamá³⁰. Es Ella quien lo ofrece al mundo pagano para ser reconocido y adorado como Cristo y Señor.

El verbo (*proskunew*) que utiliza el evangelista para describir el gesto de adoración de los magos en tierra, puede significar «adorar una divinidad» (para la concepción griega) o «rendir homenaje algún hombre eminente, especialmente al rey» (para la mentalidad oriental). Mateo lo utiliza frecuentemente en relación al «rey» o al «reino» y se produce casi exclusivamente delante de Jesús³¹. Aunque la realeza de Jesús sea de carácter mesiánico y traiga «el reino de Dios», en este caso, parece que el acento debería recaer sobre el primer aspecto. He aquí el interés cristológico de toda la perícopa.

Los magos «ofrecen» al niño -aunque en realidad se los debieron dar a María su madre- tres dones: «oro, incienso y mirra». ³² Mateo utiliza el verbo «ofrecer» 9 veces (Mc 1 vez y Lc 2 veces), normalmente, en un contexto cultural (Mt 5,23-24; 8,4; 15,5; 23,18-19; Mc 7,11; Lc 21,1). Este matiz cultural es lo que precisamente hace entrever la cualidad del destinatario de los dones y, en el trasfondo, también de la Madre.

La ofrenda de los magos alude a varios textos proféticos y de los Salmos que anuncian una peregrinación de los «gentiles» (a Jerusalén) para adorar al verdadero Dios y ofrecerle sus dones (Is 2,2-3; 45,14; 60,1-6; Miq 4,1-2; Sal 72,11). En ellos

³⁰ Como ya fue dicho a propósito del texto anteriormente presentado de la huida a Egipto, la expresión «*el niño y la madre*» se trata de un estribillo varias veces repetido (2,11.13.14.20.21) y con un sentido teológico especial. Desde que María concibió por la acción poderosa del Espíritu (1,18-20), la unión a su Hijo es permanente: en el nacimiento (2,11), en la persecución, el destierro y el sufrimiento (2,13.14), como en su reingreso a la patria y su vida entre los pobres (2,20.21). La unión de María a su Hijo es, pues, íntima, total y permanente. Desde la concepción virginal, María está expresamente unida a Jesús y es inseparable de Él. No podemos entender a Jesús sin María ni a María sin Jesús.

³¹ Por parte de alguien que implora ayuda (8,2; 9,18; 15,25), pero también por parte de los discípulos (14,33 en combinación con el reconocimiento del Hijo de Dios), especialmente delante del Glorificado (28,9.17). Ver también 4,8-10; 18,23ss y 20,20ss.

³² El sentido de los dones no está muy claro. El incienso, resina de árboles que crecen en Arabia, India y Somalia, y la mirra, también resina de árboles de Arabia y Etiopía, se emplearon primariamente en el culto, en prácticas mágicas y en ceremonias nupciales, para fines cosméticos y como condimento o medicamento. Ambos productos se consideraban artículos de lujo muy caros (de importación). Los magos ofrecen al niño, además del oro, los dones más valiosos. Con el tiempo, los dones de los magos adquieren gran relevancia en la historia de la exégesis. Desde Ireneo y Orígenes, la mirra se interpreta en el marco de la exégesis cristológica como referencia a la muerte de Jesús (cfr. Mc 15, 23; Jn 19, 39). El oro se tributa a Jesús rey, el incienso como Dios (también, a veces en alusión a la dignidad de Jesús como sacerdote) y la mirra como hombre. Junto a este panorama, desde la alta edad media, también circulaba la idea de que el oro se ofreció por la pobreza de los padres de Jesús, el incienso por el hedor del establo y la mirra para la salud del niño.



Fundación
Ramón Pané

**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Mateo ha visto el cumplimiento de la Escritura, aunque de una manera distinta a lo anunciado: no en Jerusalén, sino en la humilde Belén, aunque gloriosa porque de ella vendrá *“el guía que pastoreará a mi pueblo Israel”* (Mt 2,6; Miq 5,2; 2Sm 5,2); no en el Templo, ni el palacio de *Yahveh*, sino en un establo donde reside *«un niño con María su madre»*; no para adorar a *Yahveh* y recibir el don de la Torá, sino para adorar a un *«recién nacido»*, aunque reconocido *«rey de los Judíos y Mesías»*, que está trayendo el reino de Dios para todos los hombres, tanto judíos como gentiles.

En el gesto de los magos María puede vislumbrar la posición y el significado de su hijo, participe de toda la debilidad de un niño pequeño, necesitado de todo el cuidado de la madre pero al mismo tiempo, adorado como Dios y como Rey. La madre del Salvador y del *Enmanuel* es, al mismo tiempo, la madre del *“Rey de los judíos”*.

Mc 6,1-6 - Mt 13,53-56 - Jn 6,42: los orígenes de Jesús

Mc 6,1-6

Este es el tercer texto de Marcos, en el que encontramos una referencia más clara a María, aunque en un contexto de enfrentamiento con Jesús, esta vez entre sus paisanos (Mc 6,1-6). Estamos ante la escéptica exclamación de los que se admiraban, incrédulos, de su inexplicable poder y sabiduría:

Esta breve narración, tiene un carácter biográfico y apologético. Parte de un hecho concreto en Nazaret y tiene como fondo la enseñanza y las acciones maravillosas de Jesús. El tema central es la falta de fe (*apistia*) de los habitantes de Nazaret. Allí va Jesús con sus discípulos y el día sábado entra en la sinagoga y se pone a enseñar. La gente, al oírlo en su estilo propio, se hace preguntas:

- *¿De dónde saca éste todo esto?* Es la pregunta por el origen de su enseñanza, y la respuesta bien podría ser: del cielo -de los hombres- de Satán (11,30; 3,22.30).
- *¿Qué sabiduría le ha sido dada?* Es la pregunta por la naturaleza de su sabiduría, y la respuesta podría ser: se la ha dado Dios o el demonio.
- *¿Y esos milagros que salen de sus manos?* Es la pregunta por los signos que hace, una pregunta que pone en duda el origen y la calidad de la actividad de Jesús, pero que también da lugar a otra inquietud: ¿quién actúa a través de Jesús? La respuesta, igualmente, depende de la anterior.
- *¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, de José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?* El griego *tectwn* (carpintero) indica un albañil de la construcción, un obrero manual que trabaja la madera o la piedra, pero también el hierro, necesario para construir arados o yugos.

Las preguntas son claves en lo referente a la identidad mesiánica de Jesús pues, en la época, se decía que del Mesías, cuando llegase, nadie sabría su origen. El cuestionamiento de los paisanos de Jesús es, pues, completo: no sólo enfrentan su origen sino también su enseñanza, su sabiduría y sus acciones de poder, y conociéndolo durante años, era lógica su cerrazón a la aceptación de Jesús como



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Mesías de Dios. Por eso, concluye Marcos, "se escandalizaban a causa de Él" (6,3).

Todo el evangelio de Marcos muestra, por un lado, la revelación de Jesús como Mesías (Cristo o Ungido) pero por otro, el progresivo descreimiento de muchos, y hasta la incompreensión incluso por parte de sus fieles seguidores. La escueta presentación que Marcos nos hace de María es un engranaje en esta perspectiva marcana. Muestra una de las formas que asumió el rechazo y la oposición de los dirigentes palestinos, seguidos por muchos de sus compatriotas, hacia Jesús y cómo involucraron en su campaña de difamación y hostigamiento la condición humilde y el origen galileo de su parentela. Ante este ataque, Jesús responde – sin acobardarse– a quienes le pedían un signo genealógico, confrontándolo con la necesidad de creer sin pedir signos, y dando un testimonio –velado para los incrédulos, pero elocuente para quienes creían en Él– a favor de su Madre y sus discípulos.

La expresión "*el hijo de María*" es exclusiva de Marcos. Mateo la transforma en: "*¿No se llama su madre María?*" (13,55). En Juan, los judíos que murmuraban decían: "*¿Acaso este no es Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre*" (Jn 6,42). Lucas sólo menciona: "*¿No es éste el hijo de José?*" (4,22). En el contexto de la reacción de sus paisanos, el evangelista Marcos quiere rescatar el origen humilde de Jesús, ahora constituido Maestro y Taumaturgo; pero cuya identidad y origen humano más profundo se lo debe a su madre María. Él es su hijo (6,3), ella es su Madre (3,31).

María -igual que «el carpintero»- es la referencia de cómo se lo conocía a Jesús en su ambiente... lo cual -para muchos- hacía aún más increíble que fuera el enviado de Dios. Esto es lo que aquí nos interesa: lo que para los habitantes de Nazaret era "motivo de escándalo" y causa de rechazo de la mesianidad de Jesús (su origen nazaretano y su familia), para los cristianos posteriores y para nosotros se vuelve su Carta de presentación: Jesús, el artesano, es Hijo de María. Aunque increíble, es una verdad de fe que hay que asumir. Ella es la que le da identidad humana ante los habitantes de su pueblo, como "hoy" ante cada uno de nosotros. Parece que el hacer milagros, el curar enfermos, el imponer las manos... era lo que todos -aunque con asombro- aceptaban con facilidad y querían de Jesús, pero el escándalo venía por su origen humilde y sencillo.

Para Marcos, María, la Madre de Jesús, debió pasar por las humillaciones de la fe. Parece que nadie en la nueva familia de Jesús puede excluirse de este proceso. Este pensamiento de la comunidad de Marcos sobre María es, pues, un primer paso dentro de todo un proceso de enriquecimiento que se irá perfeccionando en la medida en que la persona de María sea bien situada frente al misterio de su Hijo.

Mt 13,53-56

Las tres primeras preguntas de los paisanos que resonaban en Marcos, Mateo las resume. En cuanto nos interesa en esta oportunidad; el carpintero es ahora "*el hijo del carpintero*" y "*su madre es María*". Las hermanas no aparecen; pero



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

mientras en Marcos se afirmaba que a causa de su falta de fe "no pudo hacer allí ningún milagro", en Mateo se dice que "no hizo allí muchos milagros". Mateo suprime, a la vez, la referencia a la poca honra que recibe Jesús de sus parientes, así como había suprimido ya la incredulidad de "los suyos". Una Madre que lo ha concebido por obra del Espíritu no puede tratarlo como "fuera de sí" ni dejar de honrarlo y acogerlo.

Jn 6,42

El cuarto Evangelio conoce las tradiciones negativas frente a Jesús que aparecieron ya en Marcos y no teme recordarlas en su escrito. En 6,42 los judíos que se cierran a Jesús han escuchado el discurso sobre el Pan de vida y murmuran: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?".

Algo parecido, pero en un contexto positivo, es lo que dice Felipe cuando le presenta a Natanael la identidad de Jesús: "Hemos encontrado a Aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret" (1,45).

6) Vive momentos de angustia, de incertidumbre, de sufrimiento...

- **Lc 2,1-7: Nacimiento de Jesús**
- **Lc 2,25-35: Profecía de Simeón**
- **Lc 2,41-52: Jesús perdido y hallado en el Templo**
- **Jn 19,25-27: Al pie de la Cruz**

Si bien la fe y la caridad de María fueron siempre inquebrantables, en su vida no faltaron momentos de lucha, de angustia, de incertidumbre, y de mucho sufrimiento.

Lc 2,1-7: Nacimiento de Jesús

Después de la visitación, según Lucas, María volvió a su casa. El capítulo 2 se inicia con el viaje de María y José desde Nazaret a Belén. De nuevo, María vuelve a tener un protagonismo singular, pero ahora acompañada por José. Debido al edicto imperial ordenando el empadronamiento de todo el mundo conocido, ambos participan de una movilización general. La salvación tendrá lugar en la historia. El Edicto de César Augusto se convierte en instrumento de los planes de Dios, en la circunstancia histórica y política que lleva a Jesús a nacer en Belén.

"Le llegó el tiempo de ser madre" es el tiempo del cumplimiento, pero lo que aquí se cumple no es un tiempo bíblico, litúrgico, sagrado, sino un suceso plenamente natural y humano. María tuvo un verdadero embarazo y Jesús un verdadero nacimiento. En el relato, a partir del v.6 y 7, María asume el centro de la acción: Ella es la que da a luz a su hijo primogénito (lo cual sitúa a Jesús en una relación privilegiada con Dios y no con los hermanos o hermanas que vinieran después de él), la que lo envuelve en pañales y la que lo recuesta en un pesebre.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Ninguna intervención divina ahorró a María los dolores del parto, ni la angustia de lo desconocido ante el primer hijo, ni las contracciones, la ruptura de bolsa, la sangre y la placenta. No hay que reprimir el realismo de la Encarnación, al que se suma, como lo señala Lucas, el drama de no encontrar alojamiento. En aquella noche -quizás de gentío, algarabía y confusión- no hay lugar para ellos. El dato del nacimiento de Jesús como un pobre mendigo: el Hijo de Dios, el Santo, el Altísimo, el Rey del reino eterno que no encuentra lugar para alojarse, además de escandaloso, sin duda fue motivo de gran dolor y sufrimiento para sus padres.

Lc 2,25-35: Profecía de Simeón (en la Presentación de Jesús al Templo)

La primera visita al Templo, dónde se pone de manifiesto el cumplimiento del plan de Dios expresado en la Ley, termina con dos personajes:

- Simeón, hombre justo y piadoso que aguardaba el consuelo de Israel y que movido por el Espíritu testifica el destino del Niño antes de su presentación en el Templo.
- Ana, una anciana profetisa que hablaba del Niño a todos los que esperaban la redención de Israel

Simeón tomó al niño en sus brazos (Lc 2,28), y bendice a Dios con un himno, conocido como el "*Nunc Dimittis*". En él canta la salvación de Israel. Cántico de la promesa cumplida, de la esperanza realizada. Mientras Simeón los bendecía, María y José estaban maravillados por lo que decía del Niño.

Sin embargo, no tarda en anunciarle a la madre que estará vinculada con el destino de su hijo. Aquel en quién se cumple la promesa de la elección de Dios es también "signo de contradicción", objeto de acogida pero también de rechazo por parte de Israel. Estas palabras anticipan el destino de Jesús, al que está íntimamente unida María: "*y a ti misma una espada te atravesará el alma*" (Lc 2,35). La espada en lenguaje bíblico evoca la Palabra de Dios (cf. Is 49,2; Sab 18,15, Ap 1,16, Heb 4,12), "*luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel*" (Lc 2,32). La espada que atravesará el corazón de María será la Palabra de Dios presentada por su hijo Jesús. Palabra que no le ahorrará el esfuerzo de creer, de guardar y meditar acontecimientos y palabras. La misión de María aparece asociada a la de su hijo.

La profecía de Simeón se dirige a María (Lc 2,33). Tiene por objeto la suerte del Mesías considerada en su aspecto trágico. En la línea del siervo de *Yahvé*, Jesús se presenta como un signo de contradicción que dividirá a los hombres y hará que se manifiesten los secretos de sus corazones.

La Madre con la espada en el corazón es "Arquetipo" de la madre que sufre por el Hijo de sus entrañas y por tantos hijos que vendrán después de Él. Ella encarna a la Iglesia-madre que, unida al Redentor, sufre por los hijos de Dios y hermanos de Cristo que padecen la espada del dolor, de la explotación y de tantas formas de injusticias. La Mujer con el corazón traspasado es "Arquetipo" de la Iglesia herida en su propio corazón: sus hijos.

Lc 2,41-50: Jesús perdido en el Templo



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

¡Qué anécdota! Parece que Lucas recoge y reelabora una anécdota aislada para concluir todo el “Evangelio de la infancia”, con el fin de demostrar la sabiduría de Jesús (que siendo niño ya tenía la sabiduría de los adultos), como su procedencia e identidad divina.

José y María obran según lo acostumbrado, como personas piadosas, buenos judíos fieles a la Ley. La tensión dramática salta a la vista. El niño se queda en Jerusalén, los padres sin advertirlo, se volvían a Galilea. Al terminar la primera jornada de peregrinación, advierten que el Niño no estaba caminando con ellos. El incidente es imprevisto e inesperado, tanto como la respuesta de Jesús ante su hallazgo. Los padres no comprenden el programa ni la decisión del Hijo, pero el Hijo termina sometido provisoriamente a sus padres.

Si bien el relato tiene como actores principales a “sus padres”, en el v.48 María asume el protagonismo. Lucas recoge el disgusto y el dolor humanamente comprensibles que desencadenó la actitud de Jesús frente a sus padres, pero no es el padre sino la madre quien lo pone en evidencia. La perspectiva mariana que atraviesa todo el evangelio de la infancia es incuestionable. ¿Habrás además alguna intención literaria de situar -mediante el diálogo iniciado por la Madre- al padre terreno y al Padre celestial frente a frente?

El texto muestra al niño en pleno proceso de crecimiento (2,40) y en el progreso de una autonomía que se va afirmando (2,43). No hace lo que quieren sus padres y sí lo que ellos no esperan. Ellos sufren por esto. Cualquier madre sana comprende lo que siente María: “*hijo mío, ¿por qué has hecho esto con nosotros?*” Dulzura y firmeza, amor y angustia... ¡Cuántos binomios podríamos combinar! Y Jesús reacciona como cualquier adolescente, defiende sus actos y decisión con la desenvoltura y naturalidad de todo joven. ¡Cuántas veces pasa esto en un conflicto de generaciones: la discusión acaba sin que los padres hayan comprendido a su hijo! ¡Y el padre permanece mudo! Únicamente la comunidad de Lucas conservó este recuerdo de un Jesús que no sólo se comporta como el Hijo de su Padre divino, sino como un verdadero joven que alcanza su mayoría de edad.

En el plano del mensaje teológico, los elementos narrativos de este v.48 expresan la viva reacción que los que comprenden tan sólo a medias pueden sentir ante la novedad de la revelación. El conocimiento de Dios no es un asunto meramente cognitivo, sino también fuertemente afectivo y emocional. Hasta el final de su obra, Lucas intentará situar la piadosa observancia de la ley judía (que para él sólo es una semisabiduría) a la luz de la verdadera revelación divina (Hch 28,23-28).

Los padres no deberían haberlo buscado, deberían haber sabido donde estaba el hijo. Sin embargo, en los caminos de Dios, más de una vez hay que “volver a buscar” al Hijo, hay que desandar lo andado y volver a empezar. María no estuvo exenta de este “proceso de fe”, y como ella misma afirma, tantas veces angustiante. Primero es la angustia de haber perdido “lo más preciado y valioso” que existe en su vida. Cuando lo encuentra, la incompreensión frente a la inesperada respuesta de Jesús: “*¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?*” (Lc 2,49). Todo un desafío, y una gran invitación a adentrarse en el misterio. A pesar de ser la Madre, y de su valorable actitud oyente y receptiva de la Palabra, también Ella necesita desentrañarla.



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

La Madre que busca al Hijo perdido vuelve a andar los caminos caminados por el Hijo, debe ir y venir, necesita discernir las Palabras del Hijo, volverla una y otra vez a pasar por el corazón, como quizás fue necesario recorrer una y otra vez los mismos caminos de Jesús. Seguidora de Jesús, como María, también la Iglesia, comunidad de creyentes, peregrina detrás del Maestro buscando los caminos que van hacia el Reino, hacia los *"asuntos del Padre"*. De María, la Iglesia aprende a buscar afanosamente los hijos perdidos. De Ella aprende a ir allí donde están los hijos. De Ella aprende a tratarlos con respeto y dignidad aunque sean ellos quienes se hayan ido "sin avisar". De Ella aprende a no descansar hasta encontrarlos. De Ella aprende a mirarlos con amor y a abrazarlos con ternura, e incluso a reprenderlos con suavidad.

Jn 19,25-27: la Cruz

Para entender plenamente el contenido teológico de este pasaje hay que situarlo en el contexto que sugiere el mismo evangelista. Cuando Jesús llega a Jerusalén para el testimonio definitivo de la Gloria del Padre, llega la Hora (12,23) esperada y decisiva (12,27), la Hora de pasar de este mundo al Padre (13,1), la Hora del amor extremo y de la entrega por los suyos (13,1), la Hora de la glorificación (17,1). Y en este momento está María de pie, junto a la cruz de Jesús. Si en Caná Jesús le dijo que todavía no había llegado su Hora, e inició sus signos; aquí, en la Cruz, en la Hora de la Pascua, Jesús realiza su último y definitivo don de salvación, la muerte por todos, la entrega de su Madre (19,27) y la entrega de su Espíritu (19,30).

Una presencia doble de María, marcada por el tema de la Hora de Jesús: tal es la clave para interpretar el mensaje mariano del evangelista. Y este pasaje de María junto a la cruz es de vital importancia para comprender el papel que, en el plano divino de la salvación de los hombres, toca a la Virgen María, la Madre de Jesús.

Pero ¿estuvo María al pie de la cruz? La pregunta puede parecer irreverente, pero es sincera y necesaria, sobre todo cuando, al recorrer los otros Evangelios, ninguno de ellos nos propone esta presencia y sí nos hablan de otras mujeres junto a la cruz (Mt 27,55; Mc 15,40; Lc 23,49). Ya sabemos que los Evangelios no hacen crónica de los acontecimientos sino catequesis y teología de una realidad de salvación. La visión del cuarto Evangelio es netamente teológica y sirve, no sólo para introducir un contexto de discipulado, sino también para realzar el papel de María en el misterio de Jesús. Claramente aparece la importancia que la comunidad de Juan le daba a la persona y a la misión de María "junto a Jesús". Lo que Mateo y Lucas subrayaron de esta presencia en el evangelio de la infancia, Juan lo propone ahora en el misterio de la cruz.

Ha llegado, pues, la Hora de Jesús, y en este último momento de la manifestación mesiánica están presentes significativamente María y el discípulo amado. María es llamada nuevamente aquí con los dos títulos de Caná: la Madre de Jesús y la Mujer. El discípulo amado es una figura misteriosa que, a lo largo del cuarto Evangelio, aparece como el discípulo ideal o modélico de Jesús, siempre fiel y creyente (20,8; 21,7), capaz de recostarse en el pecho del Maestro para obtener de su corazón la respuesta a todas las situaciones oscuras (13,22-26); pero también el testigo por



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

excelencia de la Pascua de Jesús delante de la comunidad (19,35; 21,24). Ambos son personas-tipo y tienen un significado profundo y rico para la teología del cuarto Evangelio.

En oposición a Marcos, el cuarto Evangelio tiene la convicción de que Jesús no muere abandonado: al pie de la cruz hay una comunidad formada por discípulos creyentes, y en ella, la Madre de Jesús, como Mujer, tiene un rol fundamental. Aparentemente uno piensa que la Madre es encomendada a los cuidados filiales del discípulo, pero la lectura real es otra: el discípulo amado (símbolo y síntesis de la nueva comunidad) es encomendado a los cuidados maternos de la Mujer-Madre. Por eso, la primera palabra de Jesús en la cruz va dirigida a la Madre: "*Mujer, ahí tienes a tu hijo*". Le entrega el discípulo amado a la Madre para que ella lo reciba como su hijo. Desde esta Hora, la Hora de la Pascua, la comunidad del discípulo pertenece a María, la Mujer y la Madre.

Sólo en segundo lugar aparece la otra palabra de Jesús, dirigida esta vez al discípulo, y en él a la comunidad: "*Ahí tienes a tu Madre*". Como le pidió a María que intervenga con sus cuidados maternos respecto a la comunidad de discípulos, ahora le pide al discípulo que en esa Mujer reciba y acoja a su Madre. Por eso, la comunidad creyente, obediente a la Palabra de Jesús, "*desde aquella hora la recibió en su casa*". Emerge así una nueva relación de familia en términos de discipulado: la maternidad física es elevada ahora a una maternidad espiritual y escatológica. Con ello, el proceso que se inició en Marcos culmina maravillosamente aquí en el cuarto Evangelio.

Así como en el AT, Jerusalén era representada con una mujer y a ella acudían todos los que buscaban al Señor; ahora María es la nueva Jerusalén, la Mujer, la Madre, que reunirá a los deportados y a los dispersos de Sión en el nuevo Templo, que es el Cuerpo del Hijo muerto y Resucitado. Si a la antigua Jerusalén, el profeta le decía: "*Mira a tus hijos reunidos*" (Is 60,4), ahora Jesús le dice a su Madre: "*Mujer, he ahí a tu hijo*" (Jn 19,26). María asume al pueblo de la Nueva Alianza, simbolizado en el discípulo amado que es todo aquel que se acoge a Jesús.

Para el cuarto Evangelio, Jesús está elevado en el árbol de la cruz para atraer a todos hacia sí (3,14-15) e inicia un mundo nuevo y una humanidad nueva. Está Él, el Hombre nuevo, y junto a él está María, la Mujer nueva. Ella recibe también de Jesús una misión nueva: ser la Madre de la comunidad de Jesús, de todos aquellos que por ser objeto del amor salvífico del Padre, acogen y viven la Vida eterna que Jesús aporta.

Tal es la última y definitiva acción de Jesús. Por eso el evangelista agrega en el verso 28: "*Después de esto (de la entrega del discípulo a María y de María al discípulo), sabiendo Jesús que todo estaba cumplido...*", expiró. Todo indica que la maternidad espiritual de María y la filiación de la comunidad con relación a ella, están dentro del plan de salvación. Queda fundamentada positivamente la doctrina, según la cual, María, Madre de Jesús, es a la vez Madre de la Iglesia, Madre de la comunidad de todos los creyentes.

Para interpretar el sentido de este pasaje, quizás haya que partir de las palabras "*desde aquella hora*". Juan ama las frases aparentemente comunes, pero cargadas de sentido. Y ésta es una de ellas. "*Aquella hora*" es nada menos que la hora de Jesús;



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

de la cual él dijo: *«ha llegado la hora... ¿y qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero, ¡si para esto he llegado a esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre!»* (Jn 12, 23-27; Lc 22,53). Para Juan la “hora” de alguien es el tiempo en que éste cumple la obra para la cual está particularmente destinado (cfr. Jn 16,3-4). La hora de Jesús es la hora de su victoria sobre Satanás, sobre el pecado y la muerte: *«Ahora es el juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo será derribado; cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí»* (Jn 12, 31-32).

Por ser la hora de la Pasión una hora dolorosa pero victoriosa a la vez, para Juan está íntimamente unida a la gloria, a la gloriosa victoria de Jesús. Gloria que se manifiesta por primera vez en Caná. Es la misma con la que el Padre glorificará a su Hijo en la cruz. Y María es testigo de esta gloria en ambas escenas. Esa coexistencia de sufrimiento y gloria que hay en “la hora” se expresa particularmente en una imagen que Jesús usa en la Última Cena y que compara su hora con la de la mujer que va a ser madre: *«La mujer, cuando da a luz, está triste porque ha llegado su hora, la del alumbramiento, pero cuando le ha nacido el niño ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo»* (Jn 16, 21).

¿Habrán recordado Jesús, Juan, María, el oráculo profético de Jeremías o algún otro semejante?: *«Y entonces oí una voz como de parturienta, gritos como de primeriza. Era la voz de la Hija de Sión, que gimiendo extendía sus manos: “Ay, pobre de mí, que mi alma desfallece a manos de asesinos”»* (Jer 4,31).

Al pie de la cruz, la Hija de Sión gime y siente desfallecer su alma a causa de los asesinos de su Hijo. Y Jesús, que la ve afligida, como a una parturienta primeriza en sus dolores, la consuela con el mayor consuelo que se puede dar a la que acaba de alumbrar un hijo: mostrándoselo. *«He ahí a tu hijo»*, le dice mostrándole al discípulo, al primogénito del nuevo pueblo de Dios que Jesús adquiere con su sangre.

Jesús revela que su hora es también la hora de su Madre. Lejos de distanciarse de ella –llamándola “Mujer”, la consuela como sólo puede consolar el Hijo de Dios: mostrándole la parte que le cabe en su obra. Mostrándole en aquella hora de dolores, a su primer hijo alumbrado. Para Jesús, María es la Mujer que el Apocalipsis describe con dolores de parto, perseguida por el dragón, huyendo al desierto con su primogénito.

En la tradición de la Iglesia se ha interpretado que en el apelativo Mujer, María revela su identidad como la “Nueva Eva” que nace del costado del Nuevo Adán, abierto en la Cruz por la lanza del soldado, pero también la Madre, parturienta por los mismos dolores de la redención que fundan su título de corredentora. Madre de una nueva humanidad, de la cual Juan será el primogénito y el representante de todos los creyentes.

No se trata solamente de un hecho de piedad filial ni de maternidad solicitud. María es la mujer al lado de Cristo en el momento cumbre de la redención. La pasión en Juan es un parto doloroso del que nace la nueva familia de los hijos de Dios. Jesús revela la maternidad de su Madre al discípulo prototipo de los que le siguen, y la filiación de éste respecto de María.

Existe una conexión con las bodas de Caná. Allí, María enciende con su fe la fe de los discípulos que ahora, al pie de la cruz, toma bajo su cuidado. Representada en el discípulo amado, María recibe a la comunidad creyente y ésta la recibe a Ella. A la



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Mujer-Madre, al pie de la Cruz, Jesús le entrega el hijo y la constituye en Madre universal. Pero también le entrega la Madre al hijo para que la reciba en su casa. Ahí está representada la Iglesia. Es la Iglesia nacida del costado abierto del Redentor quien, muriendo en la cruz, le confía todos los hijos del universo para que los acompañe, los cuide y los conduzca hacia el Reino. A su vez la Madre-Iglesia es puesta en manos de los hijos para que la hagan crecer y la hagan habitar en la gran casa del Padre que es el mundo.

7) Consiente procesos

• **Lc 2,8-20: La visita de los Pastores**

De nuevo, es un ángel el que anuncia un Evangelio, un motivo de gran alegría para todo el pueblo: *"Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor"* (2,11). El Mesías que nace pobre y marginado es el mismo Jesús que morirá desnudo y ultrajado en la cruz, pero es Cristo el Señor. En el nacimiento ya se vislumbra la luz de la Pascua y en las dos experiencias se mezcla el temor y la alegría. Temor por la presencia maravillosa del Señor que envuelve con su gloria (2,9; 24,45) y alegría grande por la presencia que libera y salva (2,10; 24,41).

Acá se inicia el "Hoy" de la salvación que acompañará en el tercer Evangelio la presencia transformadora de Jesús (2,11; 3,22; 4,21; 5,26; 12,27-28; 13,31-33; 19,5.9; 22,34.61; 23,43).

Y al anuncio gozoso se une la alabanza, que aquí no será tanto una alabanza que viene de los hombres, como en el caso de Juan (1,14), sino una bendición que desciende del cielo (2,13-14). En el nacimiento de Jesús se unen el cielo y la tierra en un gozo desbordante y en una proclamación festiva del "Hoy de la salvación": la gloria de Dios, la paz entre los hombres y el amor solidario son los signos de esta presencia salvadora (2,14).

Terminada la teofanía de Dios a los pastores, éstos "*fueron de prisa*" a contemplar el signo anunciado (2,16), como hizo María cuando recibió el mensaje del ángel (1,39), como hizo Zaqueo cuando Jesús le anunció su visita salvadora (19,56): prontitud en la respuesta, prontitud en el compromiso.

"Vamos a ver -decían los pastores- todo lo que ha sucedido (to rhema touto) y el Señor nos ha manifestado" (2,15). De nuevo vuelve a aparecer el término *rhema*, el de la anunciación: los hechos y la palabra hecha realidad y acontecimiento. Los pastores van a ver aquella palabra que les ha llegado, una palabra-acontecimiento. No acuden a adorar al niño, como hacen los magos en Mateo. Vienen a ver la Palabra y encuentran a María, a José y al niño... y después de haber visto, dan a conocer a los demás esta misma palabra-acontecimiento.

En el testimonio de los pastores, Lucas va presentando el proceso de discipulado que vivirán María y los demás seguidores del Señor: una experiencia fuerte del Señor - escuchar la Palabra - salir de sí - constatar que se hace vivencia - contar



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

a los demás lo vivido en medio de un gozo y una paz intensa que transforma la vida - por último, la alabanza y la glorificación a Dios por todo lo oído y visto.

La aparición del ángel y el anuncio de una buena noticia a los pastores contrasta con la escena anterior (nacimiento de Jesús). Era de noche pero la gloria del Señor envuelve a los pastores con su luz. Luz que disipa el temor, y anuncia la alegría para todos: *“No teman, les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un salvador, que es el Mesías, el Señor”*. Revelación cristológica, Jesús es el auténtico *Soter* que libera del dolor, de las enfermedades, de la marginación y la pobreza y nos regala la alegría y el gozo de la salvación. Aunque el mensaje comunicado a los pastores contrasta con el edicto del emperador Augusto comunicado a todo el imperio, el nacimiento del hijo de María es la gran noticia que esperaba el Pueblo de Dios. Este niño que nace en la ciudad de David será fuente de alegría no sólo para los pastores sino para todo el pueblo.

Después que el ángel de Dios le da el anuncio a los pastores, estos se convierten en auténticos comunicadores. Al igual que María ellos se ponen en camino. Para encontrar, hay que buscar; pero reciben una pista, un signo. También María, después de recibir la buena noticia, tubo que ponerse en camino para contemplar el signo de Dios: una anciana estéril que ya había concebido.

María y los pastores se apresuran en su camino. Sin embargo, mientras los pastores se convierten en mensajeros de los ángeles, en portadores de revelación, María lleva la revelación en sí misma. Los pastores van a “ver” la Palabra. Sólo después de haber visto la podrán dar a conocer, se convertirán en testigos la palabra-acontecimiento.

“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón”. La reacción de María, sin embargo, es más bien interna: *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón”* (Lc 2,19). Entre los oyentes que escuchan, guardan y confrontan la palabra está María. Rumiar la Palabra es esforzarse por comprender el significado profundo de lo vivido y de lo que acaban de contar los pastores. María es el prototipo de discípula que no se contenta con escuchar la palabra, sino que la guarda en su corazón. Esta referencia parece indicarnos el esfuerzo que supone toda experiencia de fe. Junto con los pastores y los que escuchaban asombrados su relato, aparecen distintas reacciones a la Palabra de Dios. La virgen madre es el modelo del discípulo oyente profundo y no superficial de la Palabra.

Su reflexión es meditación y oración. Destaca su seguridad en Dios. Se fía de su proyecto y de su fidelidad. Su firmeza no es puramente sentimental: se apoya en la roca firme de su conocimiento personal de Dios experimentado en su meditación y oración personal.

Lucas propone aquí una primera síntesis en el corazón de María: María guarda cuidadosamente, conserva (1º verbo) y medita, evalúa, interpreta (2º verbo) todos estos acontecimientos, que se vuelven Palabra de Dios para ella en su corazón (2,19). Es, entonces, mujer y discípula que aprende a leer los hechos, los acoge como palabra de vida y los guarda en el corazón. Y estos hechos (*rhemata*) son: el engendrar a su Hijo del Espíritu, el nacimiento maravilloso, el



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

anuncio del ángel a los pastores, la alegría mesiánica del coro celestial que se ofrece como regalo en la tierra de los hombres, la acogida del Evangelio por los pobres y su alegría grande, la aceptación que los pastores tienen de su Hijo... Acontecimientos concretos de una historia que se hace "palabra" para ella y palabra que acoge y guarda en su corazón para hacerla acontecimiento salvador en su vida.

Ante el abismo que existe entre la fragilidad del signo y la grandeza de los títulos dados a su Hijo, María tiene necesidad de entrar en sí e interiorizar todo lo que sucede, todas las cosas extraordinarias que se dicen de este hombre que es su Hijo. Así avanza en la peregrinación de su fe. Si cada hijo es un misterio, qué decir de éste hijo suyo, que primero es Hijo de Dios. El crecimiento del Niño iría a la par del crecimiento de la Madre. A pesar de ser la Madre, tuvo que aprender a conocer a su Hijo Jesús.

La Madre con la Vida y la Palabra en el corazón, es "Arquetipo" de lo que la Iglesia, comunidad oyente, habrá de vivir siempre en relación con la Palabra: escucharla, acogerla, guardarla en el corazón, contemplarla, darle vida, expresarla y entregarla al mundo como mensaje de salvación universal. María es para cada uno, como para la Iglesia toda, Maestra y Modelo de relación con la Palabra.

8) Cumple la Ley

- **Lc 2,21-24: La circuncisión y consagración de Jesús en el Templo**
- **Gal 4,4-6**

Lc 2,21-24

Tanto los episodios de la circuncisión e imposición del nombre al niño "*pasados ocho días*" (Lc 2,21) como la consagración de Jesús en el Templo (Lc 2,22-24) se realizaron "*según ordena la Ley del Señor*".

La circuncisión³³ y la purificación de la mujer mediante la ofrenda de un cordero o de un par de tórtolas -según sus recursos- se cumplen para obedecer la Ley de Levítico (Lv 12,1-7)³⁴. También la consagración, y no el rescate del primogénito varón (pues es

³³ Como niño judío, Jesús se integra en el pueblo de la promesa: recibe el signo de la fidelidad de Dios y de su alianza con Israel: la circuncisión (Lc 2,21). Lucas menciona esta hecho sin interpretarlo, ya que para él, la circuncisión (sustituida por la fe y el bautismo) ya no era necesaria. Sin embargo, no quiere anticipar estas consecuencias teológicas que explicitará en Hch 15.

³⁴ La purificación después del parto estaba prescripta por la Ley de Moisés: "*Cuando una mujer quede embarazada y dé a luz un varón, será impura durante siete días, como lo es en el tiempo de su menstruación. Al octavo día será circuncidado el prepucio del niño, pero ella deberá continuar purificándose... Al concluir el período de su purificación, tanto por el hijo como por la hija, la madre presentará al sacerdote, a la entrada de la Carpa del Encuentro, un cordero de un año para ofrecer un holocausto, y un pichón de paloma o una torcaza, para ofrecerlos como sacrificio por el pecado. El sacerdote lo presentará delante del Señor y practicará el rito de expiación en favor de ella. Así quedará purificada de su pérdida de sangre. Este es el ritual concerniente a la mujer que da a luz un niño o una niña. Y si no dispone de recursos suficientes para adquirir un cordero, tomará dos torcazas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio por el pecado. El sacerdote realizará el rito de expiación en favor de ella, y así quedará purificada*" (Lv 12,1-8).



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

Jesús el que rescata a su pueblo y no al revés), se lleva a cabo según la Ley, prescripta en el libro del Éxodo (Ex 13,1.11-16)³⁵.

La escena se desarrolla en Jerusalén (vs.22.25.38), la capital, como el destino exigido por la Ley (vs.22.23.24.27.39). La idea del cumplimiento de la Ley, enmarca la perícopa. Claramente la intención de Lucas en estos pasajes consiste en subrayar la fidelidad de José y María a las prescripciones de la Ley mosaica. En este marco "ordinario" de la Ley es en el que ha de situarse lo "extraordinario" de este Niño Dios.

Gal 4,4-6

Pablo casi no incluye la dimensión mariológica en sus escritos; sin embargo, en la Carta a los Gálatas menciona a María como la mujer de la plenitud del tiempo, relacionada con Jesús "*nacido bajo la Ley*" (es decir en obediencia a la ley y a los profetas), para que todos pudiéramos recibir el Espíritu de Hijos adoptivos y así poder clamar Abba Padre (Gal 4,4-6).

María vivió en su corazón y en su vida la presencia de Dios y creyó en sus promesas. Por eso, a lo largo de toda su existencial primero terrenal y después celestial, se mantuvo fiel. Pablo recoge todo este camino de la fe de María presentándolo en la Carta a los Gálatas desde la Encarnación hasta la Jerusalén celestial, como nuestra Madre de Arriba (Gal 4,26-28).

9) Intercede sin que se lo pidan

- **Jn 2,1-12: Unas bodas en Caná**
- **Hch 1,14: Oración comunitaria**

Jn 2,1-12: Unas bodas en Caná

Esta escena de las bodas de Caná concluye lo que algunos han llamado "la semana inaugural" del ministerio de Jesús. A su vez, da inicio al primero de los "*signos*" cuyo principal objetivo es la manifestación de su Gloria.

Algunos sostienen que el evangelista va mostrando un proceso de revelación sobre Jesús a sus discípulos a lo largo de una semana:

- El primer día, el Bautista anuncia la presencia salvadora del "que viene" (1,27);
- Al día siguiente Jesús es presentado como "el Cordero", "El Siervo de Yahvé" y "el Hijo de Dios" (1,29.32.34);
- Al día siguiente es saludado como "el Maestro" (1,35-39);

³⁵ La consagración de los primogénitos también estaba prescripta por la Ley de Moisés: "*Cuando el Señor te introduzca en el país de los cananeos... consagrarás al Señor todos los primogénitos; y el primogénito de tus animales, si es macho, también pertenecerá al Señor... Cuando el día de mañana, tu hijo te pregunte qué significa esto, tú le responderás: «Con el poder de su mano, el Señor nos sacó de Egipto, donde fuimos esclavos. Como el Faraón se había obstinado en no dejarnos partir, el Señor hizo morir a todos los primogénitos machos de mi ganado, y rescató a mi hijo primogénito»*" (Ex 13,1.11-16).



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

- El cuarto día es reconocido como "el Mesías" (1,40-41);
- Al día siguiente es llamado "el Hijo de Dios, Rey de Israel e Hijo del hombre" (1,43-49);
- "Al tercer día", es decir, el séptimo, Jesús manifiesta su gloria en Caná y sus discípulos creen en Él (2,1-11).

El proceso de presentación termina, pues, con "*el comienzo de los signos de Jesús*" en el que convierte el agua en vino e inicia la fiesta de las Bodas que no tiene fin. La abundancia de vino y alegría la hacen definitiva. Así lo habían anunciado los profetas a propósito del "*día del Señor*", o día de la salvación tan esperada (cfr. Am 9,14; Os 2,24; Jr 31,12; Is 25,6). Para los otros Evangelios, "*el vino nuevo*" también es imagen de la era mesiánica y del festín escatológico (cfr. Mt 9,14-17; Mc 2,22; Mt 26,29; Lc 22,18).

Caná es, pues, un relato netamente cristológico, es "*la revelación de la gloria de Jesús*" (2,11) y las primicias de su Hora (2,4). Esta Hora se hace tema teológico en el cuarto Evangelio para expresar la entrega de su vida por los hombres, la Pascua de este mundo al Padre, la hora del amor salvador (cfr. Jn 2,4; 4,21.23; 7,30; 8,20; 12,23.27; 13,1; 16,4.32; 17,1). La Hora llega a su culminación en el misterio de la Cruz (19,27). Y María también estará allí presente.

Ahora bien, esta presencia de María en la economía de la salvación y, más concretamente, en "*el comienzo de los signos de Jesús*" es doble:

- **Como intercesora.** María presenta sencillamente a Jesús la necesidad de los invitados a la fiesta de bodas: "*No tienen vino*" (2,3). No pide expresamente un milagro; pero sus palabras incluyen cierta esperanza de que Jesús intervenga en la situación de necesidad, como pasará más tarde con las hermanas de Lázaro: "*Señor, aquel a quien tú amas, está enfermo*" (11,3). La oración verdadera no se expresa como exigencia; simplemente plantea la situación porque hay confianza y amor en el Señor. Pablo dice: "*El Señor es poderoso para concedernos mucho más de lo que podemos pensar o pedir*" (Ef 3,20).
- **Como evangelizadora.** La segunda frase de María que encontramos en el cuarto Evangelio es significativa, no sólo por lo que dice sino por aquellos a quienes lo dice: "*Hagan lo que Él les diga*" (2,5). Es una palabra dirigida a los servidores de la fiesta nueva y definitiva. La invitación tiene una fuerte resonancia bíblica, no sólo porque nos recuerda la palabra del Faraón al pueblo egipcio y hebreo en tiempos de hambre: "*Cuando también los egipcios y el pueblo sintieron hambre, y el pueblo pidió a gritos al Faraón que le diera de comer, éste respondió: «Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga»*" (Gn 41,55), sino porque asumida por todo Israel, la misma frase se convierte en fórmula de Alianza con Yahvé: "*¡Haremos todo lo que el Señor nos ha dicho!*" (Ex 19,8; 24,3.7; Jos 24,24; Esd 10,12; Ne 5,12).

Los "servidores" son, inicialmente, los encargados del desarrollo de la fiesta de bodas; pero, dado el carácter simbólico de todos los textos de Juan, son los servidores del pueblo nuevo que celebra las bodas definitivas (Nueva Alianza) de Dios



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

con su pueblo. "Servidores" serán llamados, en el cuarto Evangelio, los que siguen a Jesús (12,26). El mensaje, pues, que da María a los servidores de la comunidad es concreto: hacer lo que Jesús diga, es decir, acoger, escuchar y vivir la palabra de Jesús. María remite a Jesús. Ella no es el centro, porque también Ella, como lo expresó Lucas, es la Servidora del Señor que ha hecho acontecimiento en su vida la Palabra del Señor (Lc 1,38.48).

La respuesta de Jesús a María la invita a entrar en los caminos de su Hijo, a abandonar su propia iniciativa para seguir la de Él. El episodio de Caná es una etapa en el camino de conversión de María, quien comprende que su papel es ahora conducir a los servidores a su Hijo, escuchar su palabra y obedecerle plenamente. María va a experimentar que la obediencia a una palabra y a un llamado de renuncia es fuente de bendición. Animada por la confianza, aun antes de saber lo que Jesús va a hacer, ella le dice a los servidores: "*Hagan lo que Él les diga*", llamándolos así a un comportamiento de fe tan inusitado como el suyo.

Esta realidad de "discipulado", presente en los siervos de la fiesta de Caná, vuelve a encontrarse en el personaje del discípulo amado. María acepta y asume su relación con los siervos-discípulos. Ella está a la vez presente en el clan familiar como en la comunidad de discípulos. Ella se somete a esta doble relación, acepta pasar de una a otra, pero no entrará plenamente en la segunda sino en la cruz: de Madre de Jesús llegará a ser madre del discípulo. Su maternidad natural está llamada a ser, por obra del Crucificado, maternidad de los discípulos, a través del discípulo amado, en la pasión y resurrección.

Así el Evangelio de Juan articula los tres elementos, María-Madre de Jesús, María-Mujer, y María-Madre de los discípulos, según una gradación teológica: con una maternidad nueva, de un orden muy distinto a la primera.

Con ocasión de una fiesta de alianza matrimonial, Madre e Hijo tocan en su conversación el tema de la Alianza. La Antigua y la Nueva. Vino viejo y vino nuevo. Vino ordinario y vino excelente que Dios ha guardado para servir al final. Antigua Alianza es agua de purificación ritual, que sale de la piedra de la incredulidad y sólo lava lo exterior. Nueva Alianza que brota inexplicablemente por la fuerza de la palabra de Cristo, como buen vino, como sangre brotando de su interior por su costado abierto y que alegra desde lo interior.

La observación de la Madre –no tienen vino– encierra una discreta alusión a la alegría de la Alianza Mesíasica, aún por venir, y de la cual el vino es símbolo de la alegría, pero también del amor (Ct).

Y si la Madre pregunta indirectamente acerca de la alegría simbolizada por el vino –no hay fiesta si no hay vino, dice el refrán judío–, Jesús alude a una alegría que viene en el dolor de su hora, de su Pasión, alegría que Jesús anunciará oportunamente a su Madre, desde la Cruz, como la dolorosa alegría del alumbramiento.

En Caná, María enciende con su fe, la fe de los servidores. Pero además, “media” ante la necesidad de los novios.

"*No tienen vino*": algunos comentaristas piensan que María pide una ayuda material para los esposos. Pero se trata de una súplica y una esperanza confiada que intercede ante una necesidad imperiosa.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

"*Qué a ti y a mí*": Jesús estaría invitando a María a comprender su papel en su vida pública. Quiere pasar del plano de las realidades materiales al de las realidades espirituales.

"*Todavía no ha llegado mi hora*": en Juan, "mi hora" corresponde a la hora de la pasión y resurrección, en la que Dios manifiesta su gloria.

"*Has guardado el vino bueno hasta ahora*". El vino nuevo anuncia la ratificación de la alianza en la sangre de Jesús. Es signo de abundancia mesiánica y de alegría. Se trata del cambio de economía: de la antigua ley, a la nueva. El agua, símbolo de la ley (rito de purificación), es sustituida por el vino, símbolo de la nueva alianza. En el banquete de las bodas, símbolo de los tiempos nuevos, Cristo es el esposo del banquete escatológico. María interviene eficazmente, como Mediadora, ejerciendo su maternidad espiritual en la caridad y en la fe.

"La Mujer-Madre, presente en las Bodas de Cana, estaba allí, sencillamente presente y extraordinariamente atenta a cuanto ocurría a su alrededor, e intervino: suplicó al Hijo, confió en Él y, a pesar de sus duras palabras, animó a los servidores a "*hacer lo que Él os diga*". Estas palabras "que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que en las perspectivas del cuarto Evangelio son una voz que aparece como una resonancia de la fórmula usada por el Pueblo de Israel para ratificar la Alianza del Sinaí (cfr. Ex 19, 8; 24, 3.7; Dt 5, 27) o para renovar los compromisos (cfr. Jos 24, 24; Esd 10, 12; Neh 5, 12), son una voz que concuerda con la del Padre en la teofanía del Tabor: "*Escuchadle*" (Mt 17,5)" (Marialis Cultus 57).

En esa mujer-madre ya estaba viviendo la Iglesia que se hace presente en los acontecimientos de la historia humana. La Iglesia, como María, también está siempre ahí para interceder. Atenta a la vida de los hombres en fiesta o en riesgo de desdicha, dispuesta a compartir sus alegrías y esperanzas como también sus angustias y tristeza no deja de pedir ante Cristo por las necesidades de sus hijos.

Hch 1,14: Oración comunitaria

Los primeros capítulos de los Hechos tienen su correspondencia en el Evangelio de la infancia de Lucas:

- Hay una espera de la promesa de Dios que va a llenar de alegría y vida la historia de los hombres (Lc 1,51-55; 2,28.38 y Hch 1,45)
- Hay un ambiente de oración y de apertura a la acción de Dios (Lc 1,10 y Hch 1,14.24-25)
- Hay ángeles mensajeros de una acción salvadora y una misión (Lc 1,11.26; 2,9.13 y Hch 1,10-11; 5,19)
- Se anuncia la presencia y la acción del Espíritu en María (Lc 1,35) y en la comunidad primera (Hch 1,8)
- Hay resúmenes llamados "de crecimiento", tanto sobre Jesús y Juan como sobre la comunidad (Lc 1,80; 2,40 y Hch 6,7; 12,24)
- La Madre de Jesús está presente tanto en el misterio de la Encarnación como en el nacimiento de la Iglesia (Lc 1,26-38; 2,4-7.16-20 y Hch 1,14).



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

Continuidad, pues, entre el misterio de Jesús y el misterio de la Iglesia: es el mismo poder del Espíritu el que anima a ambos. Y así como María acogió la acción del Espíritu y salió con prontitud a anunciar la Buena Nueva (Lc 1,39-45), así también la comunidad cristiana va a llenarse del Espíritu para proclamar con valentía el cumplimiento de las promesas en Jesucristo, el Señor (Hch 2,1-36). Pasada la Ascensión del Señor, los Apóstoles vuelven a Jerusalén y subieron a la estancia superior, donde moraban (Hch 1,13). Lucas los enumera uno a uno y termina diciendo que perseveraban en la oración en compañía de algunas mujeres, de María, y de sus hermanos (Hch 1,14). Lucas insiste en la presencia activa de María, subrayando su papel de Madre, tanto en el nacimiento de Jesús como en el nacimiento de la Iglesia (Lc 1,43; Hch 1,14).

Además, propone un tiempo especial entre Pascua y Pentecostés. Tiempo de experiencia pascual, de gozo intenso, de amor mutuo y de plegaria (Lc 24,50-53; Hch 1,6-11). Los discípulos de Cristo se habían dispersado, pero han vuelto a la casa donde están María, las mujeres y los parientes, al lugar del llanto convertido en experiencia orante de la pascua. Y aquí la Madre de Jesús hace posible el nacimiento de la comunidad de Jesús.

Todos están unidos, los vincula la presencia maravillosa e invisible del Resucitado, pero no menos la presencia y el cariño silencioso de la Madre. La unidad se da por la plegaria: ahora comprenden el pasado de Jesús (sus palabras y sus acciones); pero juntos, también descubren su propio futuro como familia de Jesús, vinculados por la oración intercesora de María. Luego vendrá Pentecostés y con él la fuerza del Espíritu. Culmina el tiempo de la Ley y llega el tiempo de la Alianza y de la gracia. Allí está María unida a los Apóstoles y amigos de Jesús.

María es aquí *“la Madre de Jesús”*, reunida con la comunidad naciente para recibir en oración la Promesa del Espíritu y el regalo de los tiempos nuevos; pero es también la *“Madre de la comunidad”* que permanece en Jerusalén, acompañando a los suyos, hasta que *“la fuerza de lo alto”* los convierta en testigos del Resucitado *“en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”* (Hch 1,5-8).

Antes de Pentecostés, los discípulos tenían miedo. Estaban encerrados. Reunida con los hijos-discípulos, María la Madre recibe el Espíritu Santo, que es Espíritu de unidad y de misión. Ella representa a la Madre-Iglesia orante y misionera.

Los Hechos nos muestran a María participando plenamente en la primera comunidad cristiana, eran los primeros creyentes, un grupo pequeño, donde se derramó el Espíritu Santo y la Iglesia se confirmó definitivamente en la fe, para comenzar valientemente a predicar en el mundo entero la Palabra y la acción de Dios por medio de Cristo.

María persevera en la oración junto con los otros cristianos, cumpliendo el mandato de Cristo de que esperasen al Espíritu Santo (Lc 24,49). Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos -incluso María- reunidos en un mismo lugar (Hch 2,1). Ella no lo necesitaba... ya había sido cubierta con su sombra, sin embargo, su solidaridad con la comunidad como su intercesión desinteresada, la contaban entre los que reciben al Espíritu cuando entra en la Iglesia por primera vez.

María es parte de la Iglesia primitiva, participa de ella, comparte su camino, sus expectativas, sus esperanzas, su experiencia de fe y caridad... Siempre involucrada



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

en el misterio de Jesús, ella permanece fiel junto a los elegidos por Jesús. Fiel a la obra de su Hijo, sigue apoyando, acompañando y esperando junto con la comunidad creyente hasta que *“Dios sea todo en todos”* (1Cor 15,28) como lo es en Ella. Sin Ella es imposible creer en Jesús, vivir en comunidad y amar como Él espera.

“Por no haber querido Dios manifestar el misterio de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos que los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, *«perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste»* (Hch 1,14), y que también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra” (LG 59).

10) Anticipa la victoria final

- **Ap 12,1-12: La visión de la mujer y el dragón**

El Apocalipsis de Juan es el libro más reciente del N.T. Fue escrito alrededor del año 100 d.C., en tiempos de feroces persecuciones como libro de esperanza. Tiene muchos elementos simbólicos e imágenes fantásticas, el así llamado “lenguaje apocalíptico”, que van presentando el devenir de las luchas entre las fuerzas del mal y el bien. Su principal objetivo es sostener a los cristianos perseguidos en su fe, para darles ánimo, y fortalecerlos a que a pesar de las apariencias presentes, al final triunfará Dios y los que lo siguen, aunque pasando por muchas tribulaciones pero acompañados por el Cordero, recibirán la herencia prometida: entrar en el Reino de Dios para siempre.

En su Cap. 12 nos presenta una gran señal aparecida en el cielo: *“una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz”* (Ap 12,1-3). Esta mujer del Apocalipsis puede representar tanto a la Iglesia como a María, porque ella es la Iglesia en su comienzo, es la primera creyente cristiana y la que nunca cayó en las manos del mal; el dragón es la misma antigua serpiente, que trata de eliminar a la mujer, porque el que nace de ella lo va a vencer; el pecado ya no tiene poder sobre los redimidos; la caída de Eva y Adán se recuperan, la lucha entre el mal y el bien se resuelve con la obediencia de la mujer que está en la gloria de Dios, y es a la vez María y la Iglesia. La figura de la mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y estrellas en derredor indica que está en la gloria de Dios; esta imagen ayuda a entender mejor la fe de la Iglesia en María Asunta a los cielos en cuerpo y alma.

El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz (Ap 12,4). Nos recuerda, por ejemplo, cuando Herodes trata de matar al niño Jesús, al Mesías que lo iba a vencer. Jesús permaneció fiel al Padre, y aunque el demonio lo tentó en el desierto (cf. Mc 1,13, Lc 4,2), nunca se apartó del Padre, siempre fue fiel y obediente; el Dragón no pudo vencerlo. Jesús muere en la Cruz y el demonio aparentemente gana la lucha pero en realidad es vencido por Dios justamente allí donde despliega todo su odio y violencia cuando Cristo resucita de la muerte.



Fundación
Ramón Pané

FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)

María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono (Ap 12,5). Claramente se refiere a Cristo, el Rey del universo que ascendió a la derecha del Padre, y la mujer por lo tanto es María, quien a pesar de las circunstancias adversas dio a luz a Jesús. Ella está totalmente unida a Jesús, el mal trata de destruirla pero ella nunca cae. Es la Inmaculada.

Cuando el Dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a luz al Hijo varón (Ap 12,13). El demonio quiere acabar con la mujer porque no ha podido con el Hijo, pero María tampoco cae, se mantiene fiel hasta el final. Entonces, el mal ataca a los discípulos de Cristo, a la Iglesia, para tratar de detenerlos. Despechado contra la Mujer, busca de hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (Ap 12,17). Así el Apocalipsis nos muestra que los seguidores de Jesús también se enfrentan al mal, y forman un cuerpo, la Iglesia, donde está incluida María como la primera y fiel discípula, la que más ayuda en esa lucha contra el mal. Ella nos ayuda a luchar y a vencerlo, en Cristo y por Cristo. En palabras de la LG 68: *“la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10)”*.

La interpretación primaria de Ap 12,1-12 suele ser eclesiológica. El dragón, personificación del mal (como la serpiente del Gn), es el diablo. El hijo de la mujer es el Mesías (= Cristo). La mujer parturienta tiene las características de la Sión ideal anunciada por los profetas. Sin embargo, afirmar la referencia a la Iglesia y a la Sión ideal no es excluir la interpretación mariológica. La presencia de María se revela por el nacimiento. También se admite que Ap 12 evoca la figura de la mujer del Gn. En esta línea, la figura de María, cual nueva Eva, es la mujer real que nos trae la victoria. María es figura central en la que se transparenta la Sión ideal de los profetas y la Iglesia nacida del costado de Cristo.

María, “Arquetipo” de victoria, Mujer triunfadora de la «Serpiente» y del «Dragón» remite a la Iglesia triunfadora en esta tierra de las persecuciones y del mal. María venció al mal definitivamente y para siempre, a la Iglesia le espera el mismo destino.

La Madre, triunfante y glorificada es paradigma del pleno cumplimiento del plan salvador de Dios. Ella, en el cielo, canta un nuevo magnificat, el himno de los redimidos. Es el arquetipo de esta Iglesia peregrina -cuerpo de Cristo- que con Cristo ha de ser glorificada. Allí, la Iglesia “gloriosa” como la califica Pablo, comunidad de redimidos, cantará el himno de los triunfadores en unión con la Madre. Allí, María y la Iglesia triunfantes interceden con Cristo ante el Padre por la humanidad entera hasta que Dios sea “todo en todos”.

La LG 56 afirma: *“Con razón piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de todos los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, «obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano» ... Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él en su predicación que «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado*



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por la virgen María mediante su fe» (cf. San Ireneo) y comparándola con Eva, llaman a María «Madre de los vivientes» (cf. San Epifanio), afirmando aún con mayor frecuencia que «la muerte vino por Eva, la vida por María» (cf. San Jerónimo). Como ejemplo de universalidad, también podríamos recordar la historia de Rut.

María, la Madre, dando a luz al Verbo hecho hombre -el gran Sacramento de Dios-, se convierte en «Arquetipo» de Madre del Cristo total: de Jesucristo, Hijo de Dios, y de todos cuantos habrán de formar su Cuerpo místico en el espacio y en el tiempo. A su vez la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, portadora de la Palabra y de los Sacramentos se convierte en Madre de quienes acogen esa Palabra y nacen por su ministerio a una vida nueva pero también de aquellos que todavía tienen que acogerla y vivirla.

- Acá iría lo del Magisterio que está en el Power

A MODO DE CONCLUSIÓN

Meditando y hablando de María, los cuatro evangelistas nos diseñan algún rasgo de su figura, ninguno exhaustivo y la mayoría de las veces con la intención última de decir «algo» acerca de Jesús. Sin embargo, ninguno pudo prescindir de Ella. María no es el Evangelio. Pero sin María tampoco hay Evangelio.

Ella no sólo es necesaria para envolver a Jesús en pañales y lavarlos... No sólo es necesaria para sostener los primeros pasos vacilantes de su niño. Su misión es contemporánea a la del Jesús terreno, pero va más allá de su muerte en la Cruz: acompaña su resurrección y el surgimiento de su Iglesia. Vestida de sol, coronada de estrellas, de pie sobre la luna, María, como su Hijo, permanece hasta nuestros días. Y aunque el mundo con sus intereses, seguridades y vanaglorias se desgasten como un vestido viejo, María permanecerá siempre espléndida y vital, como la Palabra de Dios de la que Ella es Eco.

María, Madre de Jesús, pertenece al conjunto de los bienes comunes a Jesús y a sus discípulos. Su Padre es nuestro Padre. Su hora, nuestra hora. Su gloria, nuestra gloria. Su Madre, nuestra Madre.

Que tomemos a María en el ejemplo de modelo de educadora para redirigir la educación por el camino de paz y fraternidad.

Terminemos orando juntos...

(Carta Encíclica *Lumen Fidei* 60)

¡Madre, ayuda nuestra fe!
Abre nuestro oído a la Palabra,
para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.
Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos,
saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.
Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor,



**FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra**

para que podamos tocarlo en la fe.
Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor,
sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz,
cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.
Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.
Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.
Enseñanos a mirar con los ojos de Jesús,
para que él sea luz en nuestro camino.
Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros,
hasta que llegue el día sin ocaso,
que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén



FELIZ DE TI POR HABER CREÍDO (Lc 1,45)
María, Educadora de fe y de amor... de quien encarna la Palabra

BIBLIOGRAFÍA

- ALSON, J. – LARocca, A., *María y la Palabra*,
ÁLVAREZ, C., *María discípula de Jesús y mensajera del Evangelio*, Bogotá 2005.
BOJORGE, H., *La Virgen María en los Evangelios*,
BOVON, F., *El Evangelio según san Lucas, Lc 1-9*, Vol. I, Salamanca 1995.
BROWN R. E. – DONFRIED K. P. - FITZMEYER J. A. – REUMANN J., *María en el Nuevo Testamento*, Salamanca 1982.
CANTALAMESSA R., *María espejo de la Iglesia*, Buenos Aires 2013.
CARRILLO ALDAY S., *María en el Nuevo Testamento*, Buenos Aires 1991.
CASELLES, H., “Fille de Sion et théologie mariale dans la Bible”, en *Mariologie et Oecuménisme III* (1965) 51-71.
CELAM, *María, Madre de discípulos. Encuentro Continental de Pastoral Mariana y Congreso Teológico Pastoral Mariano*, Bogotá 2007.
CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia LUMEN GENTIUM* (cap. VIII: La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia), Roma 22/11/64.
GARCÍA PAREDES, J., *Mariología*, BAC, Madrid 1995.
GONZÁLEZ, A. E., “...y la Iglesia existía ya en María. «Prototipo» de la Iglesia”, *Celebraciones vocacionales*, vol. 14 (1980), 1-3.
LEAL SALAZAR, G., “María la Madre de Jesús en el Evangelio de Mateo”, en *Reseña Bíblica* 61 (2009) 23-32.
LÈON-DUFOUR X., “Arca de la alianza”, en *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona 1982, 101-103.
LEÓN MARTÍN, T., “María, Arquetipo de lo femenino en la Iglesia”, en *Selecciones de Teología* 170 (2004), 150-160.
LUZ, U., *El Evangelio según san Mateo, Mt 1-7*, Vol. I, Salamanca 1993.
MANELLI S. M., *Mariología Bíblica*, Buenos Aires 2015.
MARTINI C.M., *María, la mujer de la reconciliación*, Santander 1987.
MORI, E. G., “Hija de Sión”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid 1988, 825-26.
PABLO VI, *Exhortación Apostólica MARIALIS CULTUS: para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María*, Roma 1974.
POZO C., *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid 1988.
RATZINGER, J., *María Iglesia Naciente*, Madrid 2006, 48-49.
RAVASI G., *El árbol de María. Treinta y un “iconos” marianos*, Santa Fe de Bogotá 1996.
_____, *Los rostros de María en la Biblia*, Santa Fe de Bogotá 2009.
RUIZ MARTORELL, J., “María: la mujer clave de la historia”, en AA VV, *Personajes del Nuevo Testamento*, vol. 1, Estella (Navarra) 2001, 75-89.
ROMÁN MARTÍNEZ, M. C., “María, Modelo de discípulo, según Lucas”, en *Reseña Bíblica* 61 (2009) 33-42.
VÍTORES GONZÁLEZ, A., *La Virgen María en Jerusalén*, Jerusalén 2016.